

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



JUEGO DE NIÑOS

Edición de Óscar Barrero

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “Juego de niños”:
Óscar Barrero Pérez.

JUEGO DE NIÑOS
COMEDIA EN TRES ACTOS

*Dedicatoria:
a Tina Gascó.
Con mi admiración, con mi amistad
V. R. I.*

Esta comedia se estrenó el 8 de enero de 1952, en el Teatro Reina Victoria, de Madrid, con el siguiente REPARTO (por orden de aparición en escena):

MANOLÍN.....*Carlos Sánchez*
ROSITA.....*Rosa Lacasa*
TONY.....*Manuel Alejandro*
MAITÉ.....*Victoria Rodríguez¹*
RICARDO.....*Juan Cortés*
CÁNDIDA.....*Tina Gascó*
MANOLITA.....*Antonia Más*
MARCELO DUVAL.....*Carlos Casaravilla*

Dirección: *Fernando Granada*
Decorado: *Víctor M. Cortezo*

¹ Victoria Rodríguez contrajo matrimonio con Antonio Buero Vallejo en 1959.

ACTO PRIMERO

Nos hallamos, durante el transcurso de estos tres actos, en la estancia más íntima y más familiar del piso que la familia Del Valle habita en el barrio de Salamanca. Es una magnífica casa, construida recientemente, en la zona que se comprende entre Velázquez y Serrano. La vivienda no es muy grande, desde luego, pero sí es lujosa –de un lujo alegre– y extraordinariamente cómoda. Tiene garaje en el patio, nevera en la cocina, dos cuartos de baño y aire frío y caliente. La habitación que se representa en escena es como un resumen de la vida familiar de los Del Valle... Después de tan explícitas acotaciones casi resulta obvio, ciertamente, anotar la estructura de la pieza y lo que contiene. Buena parte del fondo lo ocupa una cristalera que separa este interior de una pequeña terraza de esas a las que, por fortuna, son tan aficionados los arquitectos contemporáneos. En la terraza, el toldo está echado y hay algunas plantas verdes bajo el antepecho. Al fondo, también hacia la derecha, una entrada que seguramente conduce al vestíbulo. Puertas, a la derecha y a la izquierda. En el centro del salón, frente al público, un gran sofá con sillones. Hacia la izquierda, una mesa redonda con varias sillas en torno. Algún cuadro de excelente escuela moderna. Son, aproximadamente, las nueve y media de una mañana de primavera. Sol en la terraza y luz radiante en el interior.

(Al levantarse el telón Rosita, la doncella, con un gran plumero en la mano, termina de hacer la limpieza de la estancia. En seguida se oye la voz de Manolín que entra, muy alborozado. Este Manolín es un impetuoso ciudadano de unos quince o dieciséis años. Viste pijama. Trae toda la cara enjabonada y una brocha de afeitar en la mano)

MANOLÍN.—¡Papá! ¡Mamá!

ROSITA.—¡Chist! ¡Silencio, señorito Manolín! ¿Qué significan esas voces? Su papá y su mamá todavía no han salido de su habitación...

MANOLÍN.—*(Muy ufano)* ¿Te das cuenta? ¿Eh? ¿Te das cuenta, Rosita?

ROSITA.—¿De qué tengo que darme cuenta?

MANOLÍN.—¿Te das cuenta de que me estoy afeitando?

ROSITA.—¡Ah, bueno!

MANOLÍN.—*(Indignado)* ¿Cómo que ah, bueno? ¡Si me afeito es porque ya me ha salido la barba!

ROSITA.—¡Quia!

MANOLÍN.—¡Rosita, no seas flamenca!

ROSITA.—(*Un suspiro*) No tiene usted ninguna barba, señorito Manolín. Lo que pasa es que tampoco tiene usted paciencia para esperar a que le salga y, claro, se afeita usted sin más ni más... Pero lo que es barba, ya ya.

MANOLÍN.—(*Con furia*) ¡Te digo que me está saliendo la barba! ¡Porras!

(Entra Tony. Es otro muchacho algo mayor que Manolín. Un par de años, quizá. Acaba de levantarse de la cama; pijama, zapatillas y bata. Con la toalla al cuello, pasa camino del cuarto de baño)

TONY.—¡Rosita! ¿Tú sabes si están planchados mis pantalones blancos de tenis?

ROSITA.—No, señorito Tony.

TONY.—Entonces, no te digo nada. Pero a las doce tengo que estar en la Universitaria, y de punta en blanco. ¿Me oyes, rica?

MANOLÍN.—Hombre; lo que no sé es por qué siempre que te diriges a Rosita la has de llamar rica...

TONY.—Porque lo es. (*Cariñosísimo*). Porque es muy rica. Porque es riquísima... ¿Verdad, guapa?

ROSITA.—(*Huyendo*) Estese usted quieto, señorito Tony.

MANOLÍN.—Si te aprovechas de Rosita en mi presencia, se lo digo a mamá...

TONY.—Anda, si está aquí el chivato.

MANOLÍN.—(*Furioso*) ¡No me llames chivato!

TONY.—¡Huy! Adiós, pequeño.

MANOLÍN.—¡No me llames pequeño! ¿No te das cuenta de que me estoy afeitando?

TONY.—Ya, ya. Las ganas...

MANOLÍN.—(*Ofendidísimo*) ¡Tony!

TONY.—Pero, chico, ¿por qué tienes esas prisas por ser mayor? Si tú supieras las responsabilidades que adquiere uno cuando se hace hombre²...

(Y se va silbando alegremente, sin el menor sentido de la responsabilidad, por supuesto)

MANOLÍN.—Lo que presume este idiota... ¡Y todo porque tiene dos años más que yo!

2 1951, 1959, 1965a: un hombre

ROSITA.—*(Riendo)* ¡Pobre señorito Manolín!

(Entra, como una tromba, Maité. Es una adorable adolescente. Viste flamantes pantalones. Trae en la mano un vestido de su pertenencia)

MAITÉ.—Buenos días, primo.

MANOLÍN.—*(Gruñendo)* Buenos días...

MAITÉ.—¡Rosita! Encanto, cielo mío...

ROSITA.—¡Huy!

MAITÉ.—Mira, preciosa. Necesito que para esta noche me planches y me requeteplanches este traje con toda esa gracia que Dios te ha dado... ¿Lo harás?

ROSITA.—¡Qué remedio!

MAITÉ.—Gracias, tesoro. ¡Huy! ¡Lo que te quiero! Dame un beso... *(Confidencial)* Estoy invitada a la puesta de largo de Juanita Lara. Es una familia muy graciosa, ¿sabes? Millonarios. Pero de esta clase de millonarios que te los quedas mirando y, sin saber por qué, eso de tener millones te parece una ordinariez...

(Manolín, que lleva un rato paseando en torno a su prima para hacerse notar, se acerca al fin poseído de cierta esperanza)

MANOLÍN.—Oye, primita, ¿te has fijado? Ya me afeito...

MAITÉ.—*(Muy superior)* Vamos, anda, niño.

MANOLÍN.—¡Maité!

MAITÉ.—No seas fantástico. Y no me entretengas, que va a llegar el profesor de francés y luego tengo que ir a la peluquería...

(Y sale alegrísima, tarareando, muy feliz, una canción del día. Manolín, como un energúmeno, comienza a darle puntapiés al mueble que tiene más cerca)

MANOLÍN.—¡Maldita sea! Le voy a dar a uno una patada...

ROSITA.—¡Señorito!

MANOLÍN.—Ríete tú; eso es. Después de que la culpa de todo es tuya...

ROSITA.—¿Qué está usted diciendo?

MANOLÍN.—Tuya y de nadie más. ¿No me dijiste el otro día que para besarte a ti había de tener³ barba?

ROSITA.—(*Ríe más*) Pero, señorito... ¡Ay, Dios mío, qué chiquillo!

MANOLÍN.—Ríete, ríete. Así sois las mujeres. ¡Maldita sea!

(Sale Manolín, francamente herido. Rosita aún ríe y continúa su tarea. Una pausa levísima. Por el fondo, con grandes precauciones, asoma Ricardo. Es un hombre de algunos más de cuarenta años, mundano y simpático, de magnífico aspecto, un poco marchito en estos momentos. Trae el sombrero puesto y⁴ la gabardina al brazo)

RICARDO.—¡Chist! ¡Rosita!

ROSITA.—(*Sofocando un grito*) ¡Ay! ¡El señor!

RICARDO.—El mismo, hija. Pero no grites.

ROSITA.—Pero, ¿es que no ha dormido el señor en casa?

RICARDO.—Tú verás.

ROSITA.—¡Otra vez!⁵

RICARDO.—Sí, hija. No sé qué me pasa, pero siempre que ceno fuera de casa se me hace tardísimo... Y ya ves tú. Es una fatalidad. (*Transición*) Oye... Mi mujer y mis hijos, ¿duermen todavía?

ROSITA.—No, señor. Los señoritos ya se han levantado. Y la sobrina del señor, también.

RICARDO.—¡Caramba! (*Muy molesto*) Pero, ¿por qué se madruga tanto en esta casa?

ROSITA.—Son las diez de la mañana, señor.

RICARDO.—¿De veras? ¿Las diez? ¡Qué barbaridad! Hay que ver cómo pasa el tiempo. Y mira tú. Mi reloj tiene las dos. Pero las dos de la madrugada, ¿comprendes? Y, claro, como siempre que miraba el reloj eran las dos, cuando se ha hecho de día, no me lo quería creer... Pensé que era una broma.

ROSITA.—Ya, ya. (*Sonríe*) Es lo que pasa siempre.

RICARDO.—Mira, Rosita. Necesito entrar en mi cuarto sin que se enteren los muchachos. Tú ya los conoces. Mis hijos y mi sobrina no me tienen ningún respeto, y en estas ocasiones abusan... Si se enteran de que no he pasado

3 1951, 1959, 1965a: *había que tener*

4 1965a: *el sombrero y*

5 1965a: *¿Otra vez?*

la noche en casa, estoy perdido. Después, si es preciso, ya inventaré algo...
(*Muy satisfecho con el hallazgo*) ¡Diré lo del reloj!

ROSITA.—¡No! Lo del reloj, no.

RICARDO.—¿No?

ROSITA.—No, señor. Venga el señor... Sígame. De puntillas. Sin ruido. No, lo mejor será que el señor se quite los zapatos. Es un truco que aprendí en la última casa que estuve.

RICARDO.—¡Hola! ¿Se descalzaba el señor?

ROSITA.—¡Ca! Era la señora.

RICARDO.—¡Caray! Pero qué falta de moral tiene la gente... (*Ricardo, que se ha descalzado apresuradamente, ahora, en pie, con los zapatos en la mano, se dispone a marchar tras de Rosita*) ¡Qué buena eres, Rosita! (*Todo gratitud*) ¡Y qué bonita! Oye, ¿sabes que estas primeras horas de la mañana te sientan muy bien?

ROSITA.—Pero, ¿es que me va a piropear el señor?

RICARDO.—(*Con un suspiro*) Perdona, mujer. Es que no lo puedo remediar...

(*Con su última frase ha salido Rosita. Cuando Ricardo va a seguirla, de puntillas y con los zapatos en la mano, en otra puerta aparecen Manolín y Tony. Ricardo, al oírlos, se queda inmóvil y aterrado*)

TONY.—¡Papá!

MANOLÍN.—¡Mi padre!

RICARDO.—Sí, hijo. Tu padre...

MANOLÍN.—¿Adónde vas, papá? ¿Se puede saber qué haces con el sombrero puesto y los zapatos en la mano?

RICARDO.—¡Je! (*Azaradísimo*⁶) Tienes razón, hijo. La costumbre es, precisamente, lo contrario. El sombrero en la mano y los zapatos en la cabeza...

MANOLÍN.—¿Qué estás diciendo, papá?

RICARDO.—(*Más azorado aún*⁷) ¡Je! Nada. No digo nada... (*Amabilísimo*) ¿Cómo estáis, hijos? ¿Estáis bien?

TONY.—Nosotros muy bien, papá. ¿Y tú?

RICARDO.—Pues, ¿qué quieres que te diga, Tony? A estas horas está uno molido.

6 1959, 1965a: *Azoradísimo*

7 1959, 1962, 1965a: *Más azorado aún*

(Ricardo se ha sentado en el sofá y, desesperadamente, se da aire con el sombrero. Los dos muchachos, en pie, se han situado uno a cada lado de su padre y, desde hace un rato, lo examinan con una impresionante actitud fiscal)

TONY.—¡Manolín! Tengo una sospecha. Me parece que papá no ha dormido esta noche en casa...

MANOLÍN.—¡Sopla!

RICARDO.—*(Muy digno)* Manolín, no seas ordinario.

(Los dos chicos hablan dirigiéndose el uno al otro, como si estuvieran solos. Ricardo los mira alternativamente con mucho susto)

MANOLÍN.—Pero si ya hacía tiempo que no teníamos que regañarle...

TONY.—Pues ya ves. Está visto que a los padres no se les puede dar alas...

RICARDO.—*(Dolorosamente)* Tony, Manolín. Yo os explicaré lo ocurrido⁸.

MANOLÍN.—*(Severísimo)* ¡Papá!

RICARDO.—¿Qué?

MANOLÍN.—Dicen las estadísticas que el noventa por ciento de los padres de familia que desaparecen durante la noche, por la mañana no pueden explicar dónde han estado. Hay un diez por ciento que lo explican todo. Pero es mentira. Tú eres de ese diez por ciento, papá...

RICARDO.—¡Manolín!

MANOLÍN.—*(Escapando)* ¡Ay!

(Irrumpe en escena Maité. Se lanza a los brazos de Ricardo y le besa y le abraza con mucho mimo)

MAITÉ.—¡Tío Ricardo!

RICARDO.—¡Querida sobrina!

MAITÉ.—Ya sé que no has dormido esta noche en casa... ¡No! ¡No te disculpes! Es tu destino. Tú padeces un complejo⁹ de atracción femenina.

RICARDO.—*(Desconfiado)* ¿Qué quiere decir eso, Maité?

MAITÉ.—¡Que te gustan todas!

8 1951, 1959, 1965a: *lo que ha ocurrido*

9 1959, 1965a: *padeces complejo*

RICARDO.—¿De veras crees que eso es un complejo?

MAITÉ.—¡Huy! Menudo. Pero tú no eres el responsable. La culpa es de ellas...

RICARDO.—Si vieras, hija, que eso lo he pensado yo muchas veces... (*Transición. Muy apesadumbrado*) Pero esta vez os equivocáis. No hay ninguna mujer. No negaré que en otras ocasiones... Pero desde hace bastante tiempo soy otro hombre. Sí, otro hombre, ni más ni menos. Lo de esta noche... (*Transición*) ¿Es necesario que os explique las causas que esta noche me han obligado a no dormir en casa?

LOS TRES MUCHACHOS.—(*Al tiempo*¹⁰) ¡Sí!

RICARDO.—(*Con dignísima amargura*) ¿No basta mi palabra?

LOS TRES MUCHACHOS.—¡No!

MAITÉ.—¡Ay, qué granuja!

RICARDO.—Muy bien. Pues oíd. (*Baja los ojos*) Esta noche he sido víctima de la fatalidad...

MANOLÍN.—¡Pobre!

RICARDO.—(*Indignado*) ¡Manolín! ¡Si no te callas, te doy un sopapo!

MANOLÍN.—¡Ay!

MAITÉ.—Bueno. Pero, ¿dónde has pasado la noche?

RICARDO.—(*Con solemnidad*) ¡En Ávila!

(*Los tres chicos hacen un unánime movimiento de protesta*)

LOS TRES MUCHACHOS.—¡No!

MANOLÍN.—(*Muy cargado*) Hombre, no. ¡En Ávila, no!

RICARDO.—¿Es que no os gusta Ávila?

TONY.—No es eso, papá. Lo que nos asombra es tu falta de imaginación. El verano pasado te escapaste tres días y a la vuelta nos dijiste que venías de Pamplona...

MANOLÍN.—Es que, para despistar, siempre escoge ciudades muy de derechas...

MAITÉ.—(*Divertidísima*) ¡Ay, qué embustero!

RICARDO.—¡Maité! ¿Embustero tu tío?

MAITÉ.—¡Sí! Embustero, embustero, embustero...

RICARDO.—Pero, ¿es que no vais a creerme?

MANOLÍN.—¡Ni pizca!

RICARDO.—(*Desesperado*) ¡Oh!

10 1965a: *Al mismo tiempo*

(Aparece Rosita en el fondo)

ROSITA.—¡Chisss! La señora...

(Los tres chicos, al oírla, se alborotan, muy inquietos)

LOS TRES MUCHACHOS.—¡Oh!

ROSITA.—La señora viene hacia aquí, y si se entera de que los señoritos están riñendo al señor, ya van listos los señoritos...

(Rosita se marcha por donde entró)

TONY.—¡Sálvese el que pueda!

MAITÉ.—¡Ay, tío! ¡Qué suerte tienes!

TONY.—Mamá tiene la culpa de que papá esté tan mal criado. Siempre que le estamos amonestando aparece ella para defenderle...

MANOLÍN.—Y que lo digas. Así no se puede educar a un padre...

(Maité, Tony y Manolín, juntos, salen muy aprisa. Entra Cándida. Es una mujer joven todavía. Tiene una noble belleza natural que el tiempo y la maternidad no han disminuido. Es sencilla, muy sencilla, pero quizá entre muchas se la distinguiría al instante. Se dirige a Ricardo muy natural y muy afectuosa)

CÁNDIDA.—¡Ricardo! ¿Cómo estás, querido?

RICARDO.—¡Je! Buenos días, Cándida. ¿Has descansado?

CÁNDIDA.—Yo, muy bien. ¿Y tú?

RICARDO.—Nada. Estoy rendido.

CÁNDIDA.—Se ve. Tienes una cara espantosa. ¡Pobrecito mío! *(Le besa amorosamente)* Dime la verdad, Ricardo. ¿Te han molestado los chicos?

RICARDO.—¡Oh, no!

CÁNDIDA.—¿Te han faltado al respeto?

RICARDO.—Bueno... Un poco. ¡Je! Lo de siempre.

CÁNDIDA.—¡Ay, ay, Dios mío! ¡Qué cosas te habrán dicho! Mira, Ricardo, yo estoy asustada con estos muchachos. Son incorregibles. Dicen y hacen verdaderas barbaridades. Claro que la culpa es tuya. ¡No sabes ser padre! ¡Eso es todo! Juegas a las cartas con Tony y os hacéis trampas el uno al otro. Te pones a boxear con Manolín y hay que ver el pequeño cómo se aprovecha y las palizas que te da. Y, por si fuera poco todo eso, te hacen muchísima gracia

los modernismos de mi sobrina, que a mí me producen escalofríos. Yo no sé dónde ha aprendido esa chica todo lo que sabe. Cuando termine sus estudios y la devolvamos a su casa no sé lo que va a pensar de nosotros y de Madrid su madre, mi pobre hermana, tan anticuada y tan apegada a su provincia... *(Transición)* ¡Mi pobre Ricardo! ¡Debes de estar cansadísimo! ¿Quieres una taza de café? ¿O un poco de té? ¿Qué prefieres?

(Surge Rosita como antes)

ROSITA.—No se moleste más la señora. Los señoritos ya no están escuchando...

CÁNDIDA.—¡Ah! Gracias, Rosita. *(Sale Rosita. Cándida se ha transformado. Es otra mujer.¹¹ Su sonrisa, solícita y amorosa, se cambia por un mohín de superior desdén. Cuando habla, al cabo del silencio, en su voz hay un eco de contenida irritación)* ¿Quieres ponerte esos zapatos? Estás francamente cómico... Y no sé si debo reír o llorar.

(Ricardo, muy mohíno, se sienta en el sofá y comienza a ponerse los zapatos)

RICARDO.—Nunca comprenderé por qué, en estas circunstancias, siempre haces la misma comedia.

CÁNDIDA.—Porque no quiero que Manolín y Tony me compadezcan. Prefiero que vean en mí una insensata que te lo perdona todo y te mima, antes que una pobre mujer que sufre y llora en silencio cuando no la ve nadie... Tengo esa soberbia. No podría soportar que mis hijos tuvieran lástima de mí.

(Un silencio)

RICARDO.—Cándida.

CÁNDIDA.—¿Qué?

RICARDO.—Yo quiero darte una explicación.

CÁNDIDA.—*(Con suave ironía)* ¿A mí también vas a contarme lo de Ávila?

RICARDO.—¡Je! ¿Me has oído?

CÁNDIDA.—Todo.

RICARDO.—Entonces, no. No te contaré lo de Ávila.

CÁNDIDA.—*(Suave)* ¡Gracias!

11 1951, 1959, 1965a: *mujer. Un silencio. Su*

RICARDO.—Bueno..., quiero decir que a ti te diré la verdad.

CÁNDIDA.—¡Otra mentira!

RICARDO.—(*Muy ofendido*) Pero, mujer... ¿Es que no crees en mi palabra?

CÁNDIDA.—Nada.

RICARDO.—¡Es el colmo! En esta casa nadie cree en mi palabra. Ni mi mujer. Ni mis hijos, ni mi sobrina. ¡Soy un desgraciado!

CÁNDIDA.—(*Sonriendo*) Ricardo, por Dios, no seas farsante. Para ti la verdad siempre es otra mentira. Muchísimo más graciosa que la primera: eso, sí. Pero, esta vez, cállatela. Te aseguro que no tengo ninguna curiosidad por saber dónde has pasado la noche...

(Un silencio. De pronto, Ricardo la mira. Se vuelve hacia ella, sincero, apasionado)

RICARDO.—¡Cándida!

CÁNDIDA.—¡Ay! ¡Me has asustado!

RICARDO.—¡Tú sabes que te quiero!

CÁNDIDA.—(*Le mira y sonrío*) Me quieres de un modo muy curioso. Me quieres cuando vuelves de la aventura con otras mujeres. Me quieres cuando regresas a casa, después de toda una noche de ausencia. Me quieres siempre a la vuelta de algo. ¿No crees que ese cariño resulta un poco egoísta, Ricardo? ¿Pensas que puedo sentirme muy orgullosa? ¡Oh! Ya sé que soy para ti el reposo, la paz, la convalecencia... Todo eso tan bonito. Y tan triste, tan triste. Quizá tú no tienes la culpa. Quizá a los veinte años de matrimonio, este es el único amor posible... (*Bruscamente, en un arrebató apasionado que rompe la serenidad de las palabras anteriores*) ¡Pero si tú supieras cómo envidio a las otras! Las envidio tanto como las odio...

RICARDO.—¡Oh, Cándida! Por favor...

(Ella está sentada en el sofá. Ricardo pasea por el fondo ante la terraza. Cándida sofoca unos suaves sollozos. Se seca unas pocas lágrimas. Y en seguida busca con los ojos a su marido y le sonrío¹²)

CÁNDIDA.—¡Ea!, ya está. No te asustes. No voy a hacerte una escena...

12 1951, 1959, 1965a: y sonrío

(Ricardo avanza y se sienta junta a ella en el sofá)

RICARDO.—¡Cándida! Yo soy un sinvergüenza.

CÁNDIDA.—*(Un suspiro)* Si esperas que yo te lleve la contraria...

RICARDO.—¡Pero no puedo cambiar!

CÁNDIDA.—¡Hombre! Por lo menos, no me lo digas...

RICARDO.—No. No puedo cambiar... Es inútil. Lo he intentado muchísimas veces.

 Pero este modo de ser mío es algo superior a mi propia voluntad. ¿Y sabes por qué, Cándida? Porque me asusta dejar de ser joven...

CÁNDIDA.—¡Oh!

RICARDO.—Cuando pienso que tengo muchas canas, que nuestros hijos han crecido, que el tiempo pasa y no vuelve, cuando pienso todo eso, Cándida, me echo a temblar y me lanzo a una nueva aventura, tan estúpida como todas, solo para convencerme a mí mismo de que todavía soy joven... Yo no tengo la culpa, Cándida. ¡La vida es tan hermosa para los que aún son jóvenes! ¡Es tan difícil renunciar! Ten paciencia, Cándida. Todo esto pasará... ¿Me comprendes un poco? ¿Puedes comprenderme?

CÁNDIDA.—¿Por qué no?

RICARDO.—¡Eres una santa!

CÁNDIDA.—No me llames santa... Es un piropro muy triste. *(Sonríe)* Anda. Más tarde seguiremos hablando. Ahora, lo mejor será que te acuestes un rato. Lo necesitas.

RICARDO.—¡Sí! Estoy destrozado. Figúrate... No he pegado un ojo.

CÁNDIDA.—No me cuentes detalles.

RICARDO.—¡Je! Perdona... *(Ricardo le besa una mano y marcha hacia la puerta. Allí se vuelve)* Buenas noches.

CÁNDIDA.—*(Corrigiendo con suavidad)* Buenos días.

RICARDO.—¡Ah! ¡Claro! Es verdad... Buenos días.

(Sale Ricardo definitivamente. Queda Cándida sola, mirando a la puerta por donde salió. Muy aprisa, casi corriendo, entra Manolita por el fondo. Viene de la calle, quitándose los guantes apresuradamente. Viste bien. Es bonita)

MANOLITA.—¡Buenos días, señora! ¿Cómo está usted? ¡Ay, no me diga nada! Ya sé que vengo tarde. Pero no es mía la culpa. ¡Si usted supiera! Don Ricardo debe de estar furioso, como si lo viera, y con razón. Con el geniecito que se le pone al ilustre abogado cuando tiene que dictar algo urgente y no ha

llegado la mecanógrafa. Y conste que yo soy una mecanógrafa de las más cumplidoras; pero hoy...

CÁNDIDA.—(*Mirándola*) ¿Qué le ocurre, Manolita?

MANOLITA.—(*Desconcertada*) ¿Qué? No comprendo...

CÁNDIDA.—Parece que no tiene usted buen aspecto...

MANOLITA.—¡Ay! Pero ¿cómo me lo ha notado usted? Si me he maquillado muchísimo...

CÁNDIDA.—Por eso. Usted no se maquilla nunca. ¿Es que ha dormido poco?

MANOLITA.—¡Qué lista es usted! No he dormido nada...

CÁNDIDA.—¿Nada?

MANOLITA.—¡Nada!

CÁNDIDA.—¡Ah, vamos! Ya sabía yo... Una mala noche...

MANOLITA.—¡Oh, no! No puedo decir eso. Ha sido una noche maravillosa.

CÁNDIDA.—¿Acompañada?

MANOLITA.—¡Claro! Eso no se pregunta. Las mujeres a solas no somos nunca felices. Los hombres, sí, porque son más egoístas.

CÁNDIDA.—Ya... (*Despacio*) ¿Era... casado?

MANOLITA.—(*Impresionada*) ¿Cómo lo ha adivinado usted?

CÁNDIDA.—Porque los solteros ahora no salen de noche. Son muy serios.

MANOLITA.—Sí; era casado.

CÁNDIDA.—Entonces, ya me lo figuro todo... Primero la llevó a cenar a un restaurante de lujo que está instalado imitando una taberna baratita...

MANOLITA.—(*Sorprendida*) ¡Sí!

CÁNDIDA.—Hacia las doce fueron ustedes a bailar a una «boîte»... ¿No es eso?

MANOLITA.—Sí, sí... Eso mismo.

CÁNDIDA.—Luego, en el coche la llevó a un sitio de las afueras, que no cierra en toda la noche. Bebieron champán, naturalmente. Él le contó su vida. Cuando bebe un poco tiene muchísimo ángel. Es muy gracioso. Usted se reía como una chiquilla. ¿No es verdad? Después, cuando se hizo de día, fueron a desayunar a una de esas chocolaterías de bajos fondos, muy típicas. Total, que apenas hace un ratito él la dejó en la puerta de su casa. Usted solo ha tenido el tiempo justo de arreglarse un poco, y aquí está. Porque, eso sí, usted es una chica muy cumplidora. ¡Ah! Me olvidaba de lo más importante. Cuando iban ustedes por la carretera, de madrugada, él paró el coche y la besó...

MANOLITA.—Pero, señora... (*Asustada*) ¿Cómo lo sabe usted todo?

CÁNDIDA.—Porque me lo contó otra mecanógrafa que tuvo mi marido antes que usted... ¿O es que creía usted que era la primera? ¡Estúpida!

MANOLITA.—Señora, por Dios... ¡Qué vergüenza! Me muero de vergüenza. No todo es como usted cree... Yo le diré...

(Entra, muy aprisa, Tony, contentísimo, vestido con su impecable traje de jugador de tenis. Se planta alegremente, presumido, ante su madre)

TONY.—Oye, mamá. Mírame bien. ¿No crees que estoy como para una fotografía? ¿Eh? *(Silencio. Tony, al advertir la actitud de su madre, se vuelve y descubre a Manolita)* ¡Ah! Perdón... Buenos días, Manolita.

MANOLITA.—Buenos días.

(De pronto, Manolita prorrumpe en un sollozo ahogado y escapa corriendo por el fondo. El muchacho se vuelve estupefacto hacia su madre)

TONY.—¡Mamá!... ¿Qué ha pasado? *(Cándida, con los nervios rotos, ya en plena crisis, se deja caer en el sofá y rompe en sollozos incontenibles. Oculta el rostro entre las manos. Tony acude)* ¡Mamá! Pero, ¡mamá...! ¿Qué te ocurre? ¡Dime por qué lloras!

CÁNDIDA.—*(Ruborizada)* Calla, Tony, calla.

TONY.—Dilo, mamá.

CÁNDIDA.—Tony, hijo...

(Un nuevo sollozo. Se refugia en los brazos de Tony. El muchacho la acaricia con ternura. Entra Maité. Viene con un libro, recitando a media voz su lección)

MAITÉ.—«J'ai aimé. Tu as aimé. Il a aimé. Nous avons aimé. Vous avez aimé...»

TONY.—¿Te quieres callar?

MAITÉ.—¿Qué sucede?

TONY.—¿No lo ves? ¡Que mamá está llorando! *(En pie, mirando airadamente la puerta por donde salió Manolita)* ¡Y estoy seguro de que la culpa la tiene papá!

CÁNDIDA.—¡Silencio, Tony! No te permito que juzgues a tu padre...

TONY.—¡Mamá!

CÁNDIDA.—¿No me has oído?

TONY.—Está bien, mamá.

(Sale Tony con coraje. Maité va hacia Cándida. Se arrodilla a su lado, en la alfombra)

MAITÉ.—Tía..., tía Cándida. Anda, mujer, no te preocupes. Conmigo puedes llorar todo lo que quieras. ¿Crees que no lo sé todo? Tú te pasas la vida disimulando lo que te hacen sufrir las andanzas del tío Ricardo, para que los chicos y yo y las criadas y las visitas no sepamos lo que sufres y lo que lloras. ¿Y sabes por qué, tía Cándida? Porque eres muy orgullosa, mucho, muchísimo, y te daría mucha rabia que tuviéramos compasión de ti. No lo niegues. Si lo que a una se le escape... Pero bien lloras cuando te quedas solita en tu cuarto, cada vez que tío Ricardo no viene por la noche, o se va de viaje diciendo que tiene que defender un pleito en Barcelona; como si no supiera una que se va al Escorial, y en El Escorial, en vez de pleitos lo que hay son líos... Anda, tía, ahora que estamos solas, ¿por qué no me haces confidencias de mujer a mujer?

CÁNDIDA.—Pero, chiquilla... (*La mira y sonrío*) ¡Por Dios!

MAITÉ.—¿Por qué no me lo dices todo a mí solita? ¿Verdad que estás enamoradísima de tu marido y tienes unos celos horribles?

CÁNDIDA.—(*Acariciándola*) Sí, pequeña. Le quiero. Le quiero con toda mi alma. No es malo, ¿sabes, Maité? Es un chiquillo. Un chiquillo travieso que hace daño y hace llorar, sin querer hacer daño y sin conocer siquiera el valor de una lágrima, porque él no ha llorado nunca. A veces, me gustaría no quererle tanto, para no perdonarle, para que él también sufriera un poco. Pero es inútil... No puedo. Le quiero. Cuando me mira, ya no tengo fuerzas para reñirle...

MAITÉ.—Si no me extraña. Si es que el muy golfo tiene un ángel...

CÁNDIDA.—(*Escandalizada*) ¡Maité! ¡No hables así de tu tío!

MAITÉ.—Vamos, tía. Yo sé lo que digo. Al tío Ricardo no le falla una. Mis amigas están todas chifladas por él. Maruja Roldán le hace versos, no te digo más. Y Lolita le escribe anónimos. Sin mala intención, desde luego, porque Lolita es muy decente...

CÁNDIDA.—Ya, ya. Si he leído esos anónimos. Lo que pasa es que, como Lolita le escribe sin firmar, le dice todo lo que le diría¹³ si no fuera tan decente como es. Y no quieras saber...

13 1959, 1965a: *que diría*

MAITÉ.—Es que así se desahoga la pobre, ¿sabes? Lolita es una chica de la nueva generación y tiene recursos para todo. Vosotras, en cambio, las señoras de tu edad, sois una calamidad...

CÁNDIDA.—¡Niña!

MAITÉ.—¡Sí, sí! No protestes. Y tú más que ninguna. Una calamidad, buenísima y guapísima. Un encanto de calamidad. Pero lo eres. ¿Qué has hecho tú para impedir que tu marido se te escape hoy con una y mañana con otra?

CÁNDIDA.—¡Yo le he querido con toda mi alma!

MAITÉ.—¡Ay, qué graciosa!

CÁNDIDA.—¡Niña!

MAITÉ.—Está visto que las señoras casadas no entendéis una palabra del matrimonio...

CÁNDIDA.—(*Mirándola con espanto*) ¿Tú crees?

MAITÉ.—(*Muy maternal*) ¡Qué inocente eres, tía! Una mujer siempre tiene en su mano muchísimos recursos para evitar que un hombre se le escape. Aunque sea el marido, que es el que más motivos tiene para escaparse... Te lo digo yo, que de esto entiendo un rato.

CÁNDIDA.—¿Tú?

MAITÉ.—¡Huy! La mar... ¿Has probado a darle celos a tu marido alguna vez?

CÁNDIDA.—¿Yo? (*Con indignación*) ¿Por quién me tomas?

MAITÉ.—¿Es que has flirteado con sus amigos?

CÁNDIDA.—(*Horrorizada*) ¡¡Nunca!! ¡Me hubiera muerto de vergüenza!

MAITÉ.—¿Es que, por lo menos, has tenido uno de esos amigos íntimos que tienen muchas señoras para contarle a él las cosas íntimas que no se le pueden contar al marido?

CÁNDIDA.—¡No! ¡Jamás! Todos mis pensamientos han sido para él... Hasta mis sueños.

MAITÉ.—(*Con bondadosa reconvención*) Pero, tía... ¿No sabes que el primer deber de una mujer casada es tener en vilo al marido?

CÁNDIDA.—(*Mirándola, horrorizada*) ¡Ay, ay, Dios mío! ¿Quién te ha enseñado todo eso?

MAITÉ.—Claro que todavía estás a tiempo. Porque, no sé si lo sabrás, pero estás guapísima. De manera que, si te decides, el pobre tío Ricardo va a andar de coronilla...

CÁNDIDA.—(*En pie. Un grito*) ¡Basta, Maité!

MAITÉ.—(*Asustadísima*) ¡Tía Cándida!

CÁNDIDA.—¡He dicho que te calles! ¡Ni una palabra más! No sé cómo he podido escucharte sin darte una bofetada. Pero ¿quién ha educado a esta mocosa? Por supuesto, ¿quién va a ser? ¡Su tío!

MAITÉ.—¡Tía Cándida!

CÁNDIDA.—¡Que te calles! ¡Y esta es la nueva generación!

MAITÉ.—Pero, tía...

CÁNDIDA.—¡Silencio! ¡Proponerme que flirtee con los amigos de mi marido! ¡A mí! ¡Qué horror! Querer convertirme en¹⁴ una de esas casadas de ahora que viven con sus maridos la misma vida que antes vivían los maridos con sus amantes. De fiesta en fiesta, de cabaret en cabaret. Con un vestido por aquí y por allí... Y a beber. Y a bailar. A bailar con los amigos del marido, claro, porque con el marido no tiene interés; ya se comprende. *(Se vuelve furiosa hacia la muchacha)* ¿Es eso lo que quieres de mí? ¡Dilo!

MAITÉ.—¡Claro! Pero no sé por qué te pones así. Si todo eso es de primer año...

CÁNDIDA.—¡Descarada!

MAITÉ.—¡Ay, tía!

CÁNDIDA.—¡Vete! Déjame. Quiero estar sola...

MAITÉ.—Bueno. Me iré. *(Refunfuñando)* La culpa la tiene una por meterse a arreglar¹⁵ matrimonios...

(Muy mohína, entra en la terraza. Desde allí, durante los momentos que siguen, observa atentamente, tras los cristales, la actitud de Cándida, que ha quedado en el sofá, vuelta de espaldas a la terraza, y habla en su interrumpido monólogo. Pero a poco va transformándose su tono de irritación por otro de desaliento y de amargura)

CÁNDIDA.—Sí, ya sé, ya sé. Conozco muy bien a esa clase de mujeres. Esas, esas son las que tienen el marido a sus pies: con sus mimos, con sus carantoñas, con sus frivolidades. Tienen amigos, coquetean con ellos. Juegan con el peligro sin quemarse. Una mirada es como un beso. ¡Ah! Pero un beso es inmoral, casi un adulterio. Una mirada no es nada... Ni siquiera pecado. ¿Quién puede decir nada de una señora tan encantadora? Así triunfan, un día y otro. ¡Siempre! Y, mientras, el pobre marido, con los ojos bien abiertos, vigilándola, mimándola, como un esclavo, para que no se le escape, para no perderla... *(Un hondísimo suspiro)* ¡Quién fuera como ellas! *(Un silencio. Parece que responde a una sugerencia ajena)* ¡Qué tontería! Pero si sería inútil. Si no sé... Soy una ignorante. Una pobre mujer tonta y anticuada. ¡Pobre

14 1951, 1959, 1965a: convertirme a mí en

15 1965a: meterse en arreglar

de mí! Yo coqueteando... Por Dios. Sería ridículo, ridículo (*Otro silencio. Maité, desde la terraza, la observa. El rostro de Cándida, respondiendo a sus pensamientos, se transfigura lentamente. Y, sin moverse, llama. Primero, bajito. Luego, más fuerte*) ¡Maité! ¡Maité!

(*Maité corre desde la terraza y llega a su lado*)

MAITÉ.—¡Aquí estoy!

CÁNDIDA.—Ven aquí, hija. Acércate... ¿De verdad crees que todo lo que has dicho antes es cierto? ¿Estás segura de que tu tío volvería a mí si tuviera celos, si tuviera miedo de perderme?

MAITÉ.—¡Segurísima! ¡Eso no ha fallado nunca!

CÁNDIDA.—(*Muy avergonzada*) Entonces, si tú, que tienes tantísima experiencia, me das algunas lecciones podíamos hacer la prueba...

MAITÉ.—(*Entusiasmada*) ¡Bravo!

CÁNDIDA.—En este momento soy capaz de cualquier locura.

MAITÉ.—¡Bravísimo, tía! ¡Así me gusta! Lo que nos vamos a divertir cuando el tío Ricardo se entere... (*Transición*) Ahora, lo más urgente es buscar un hombre digno de ti...

CÁNDIDA.—Pero ¿me lo vas a buscar tú?

MAITÉ.—¡Naturalmente! Tú no tienes ninguna práctica y harías una tontería...

CÁNDIDA.—Es verdad... No tengo costumbre.

MAITÉ.—Tratándose de ti, que eres una verdadera señora, hay que procurar que te haga la corte un hombre que esté bien. Si es un cualquiera, cuando se entere tu marido le va a sentar muy mal...

CÁNDIDA.—Bueno. Pero, por favor, que ese hombre sea un caballero... Vamos, que no se aproveche.

MAITÉ.—No seas ingenua. Todos los hombres se aprovechan...

CÁNDIDA.—(*Con terror*) ¿Todos?

MAITÉ.—¡Todos! Te lo digo yo.

CÁNDIDA.—¡Ah! Entonces no quiero. ¡De ningún modo!

MAITÉ.—(*Severa*) ¡Tía Cándida! ¿Quieres reconquistar a tu marido, sí o no?

CÁNDIDA.—¡Ay, hija mía! Es que me estoy poniendo nerviosísima.

MAITÉ.—¡Con esos miramientos no vamos a ninguna parte, tía Cándida! No se trata de nada inmoral. Se trata de jugar un poco a un juego que juegan muchas señoras... Irás a todas partes del brazo de un hombre distinguido, guapo...

CÁNDIDA.—(*Rápida*) Bueno. No es necesario que sea guapo. Ya me arreglaré yo con lo que haya...

MAITÉ.—(*Indignada*) ¿Qué dices? A tío Ricardo no le puedes dar celos con una birra...

CÁNDIDA.—¿Tú crees que sería faltarle al respeto?

MAITÉ.—¡Desde luego! Precisamente lo que no perdona ningún marido es que el otro sea más feo que él. Es una cuestión de prestigio...

CÁNDIDA.—(*Resignada*) Está bien. Decididamente, haré todo lo que tú digas... Pero, hija mía, ¿dónde está ese hombre con el que tengo que flirtear para dar celos a mi marido? ¿Sabes ya dónde encontrarlo? ¿Quién es?

(En este instante surge Rosita en el fondo)

ROSITA.—Con permiso. Señorita Maité, su profesor de francés acaba de llegar...

(Sale Rosita. Maité, al oírla, se ha puesto en pie, acometida de una inspiración repentina. Los ojos le brillan. Mira a su tía fijamente)

MAITÉ.—¡Tía Cándida!

CÁNDIDA.—(*Adivinando. Aterrada*) ¡Hija! ¿Qué estás pensando? (*Maité, sin hablar, echa a correr y desaparece por el fondo*) ¿Eh? ¿Adónde vas? ¿Qué vas a hacer? ¡Maité! Por Dios... ¡Ay, ay, ay!

(Está unos segundos sola, nerviosísima. No está quieta. Va de un lado a otro. Al fin, bajo el dintel del fondo aparece la figura de Marcelo Duval. Es un hombre extraño y atractivo a un tiempo. Muy tímido. Viste con un terrible desaliño. Habla con muy marcado acento francés. Bastante azarado, queda un poco en la puerta sin hablar)

MARCELO.—Buenos días, «madame». Maité dice que me necesita usted urgentemente...

CÁNDIDA.—¿Eh? ¡Usted! ¡Usted, «monsieur»¹⁶ Duval!

(Le mira de arriba abajo y de pronto rompe en una risa franca, clara, alegre¹⁷, incontenible. Marcelo, naturalmente, se la queda

16 1965a: ¿Eh? ¡Usted, «monsieur»

17 1965a: franca, alegre

mirando atónito. Una pausa. Ella sigue riendo. Marcelo, muy azorado, se mira a sí mismo buscando el motivo de tan evidente regocijo)

MARCELO.—¡«Madame»!

CÁNDIDA.—*(Sin dejar de reír)* ¡Ay! ¡Usted! ¡Usted! Nunca se me hubiera ocurrido.

(Y sigue riendo con toda su alma ante la estupefacción de Marcelo. Este vuelve a mirarse. Al fin, aunque muy impresionado, da un paso con mucha timidez)

MARCELO.—¡Señora! ¿De verdad resulto tan gracioso?

(Entran en tropel, por el fondo, Maité, Manolín y Tony. Con mucha algazara rodean a Cándida, a un lado de la escena. Al otro, muy distante, siempre en la luna, Marcelo)

TONY.—¡Colosal, mamá! Ya nos lo ha explicado Maité. Me parece muy bien que le des a papá una lección. Después de todo, si te autorizamos nosotros, la cosa no puede ser más decente...

MAITÉ.—*(Mostrándole con el ademán, orgullosamente, a Marcelo)* ¿Eh? ¿Qué te parece?

MANOLÍN.—*(Muy decidido)* ¿Vale este o buscamos otro?

TONY.—*(Con ojo de experto)* No tiene mala facha. Es agradable...

MARCELO.—*(Asombradísimo)* ¿Se refieren ustedes a mí?

MAITÉ.—¡Claro! ¿A quién va a ser?

MARCELO.—*(Boquiabierto)* Es asombroso, asombroso.

MAITÉ.—Me parece que este es el hombre que te conviene... ¿Te gusta?

TONY.—Di, mamá, ¿te gusta?

MARCELO.—Dígalo, señora, que no puedo más. ¿Le gusta?

CÁNDIDA.—*(Sin atreverse a mirarle. Muy bajito)* Pues..., sí.

LOS TRES MUCHACHOS.—*(Aplaudiendo)* ¡Bravo! ¡Bravo!

MAITÉ.—¡Le gusta!

MANOLÍN.—¡Le gusta!

TONY.—¡Le gusta!

MARCELO.—¿De veras le gusto? Es emocionante.

(Maité se abraza a su tía. Tony y Manolín pasan al lado de Marcelo y le estrechan la mano efusivamente, con gran entusiasmo)

TONY.—¡Enhorabuena, «monsieur» Duval! Le gusta usted.

MARCELO.—Gracias.

MANOLÍN.—Le felicito, profesor. ¡Chóquela! Y conste que mamá no habla por cumplir. Cuando ella dice que usted le gusta, es que le gusta.

MARCELO.—*(Atónito)* Gracias, muchas gracias. Me siento muy orgulloso de gustarle a su señora mamá. Estoy encantado. Pero en fin, nunca hubiera podido sospecharlo. «Oh, mon Dieu». ¡Qué día!

CÁNDIDA.—Más tarde le explicaremos a usted el juego, «monsieur» Duval... Porque supongo que, en principio, todo esto le¹⁸ parecerá a usted una inmoralidad.

MARCELO.—¿Una inmoralidad? A mí no, «madame». ¡Yo soy francés!

LOS TRES MUCHACHOS.—*(Entusiasmados)* ¡Bravo!

TELÓN

18 1965a: *todo eso le*

ACTO SEGUNDO

El mismo decorado. Quince días¹⁹ después. Una noche, de madrugada.

(Manolín, tumbado en el sofá, duerme profundamente. En el suelo, junto al sofá, hay varios libros caídos, lo que denota que el sueño le acometió en medio del estudio. Entra Rosita llevando una bandejita con un vaso de leche. Se detiene ante el durmiente y llama para despertarlo)

ROSITA.—¡Señorito Manolín!

MANOLÍN.—*(Incorporándose súbito²⁰)* ¿Eh? ¡Rosita!

ROSITA.—Conque los libros en el suelo y durmiendo, ¿eh? ¡Así estudia usted!

MANOLÍN.—Calla, mujer. Si es que me aburro... Tú verás. Papá no ha cenado en casa; mamá ha salido con el profesor de francés; Maité está en casa de Lolita, y Tony se fue con un amigo. Y yo, aquí en este sofá, pasando la velada solo como único representante del hogar cristiano. Así no hay quien pueda con el Siglo de Oro.

ROSITA.—¡Valiente perezoso! Si al menos no tuviera tantas picardías... *(Le muestra con enojo un papelito doblado)* ¿Puedo saber cuándo va usted a cansarse de poner anónimos amorosos en mi mesilla de noche?

MANOLÍN.—¡Qué mal pensada eres! Si son anónimos, ¿cómo sabes que son míos?

ROSITA.—Porque le he pillado el truco. Estas cartas las copia usted de un libro que se titula «Cien cartas de amor». Lo malo es que esta vez, sin darse cuenta, ha copiado usted hasta los²¹ nombres. Y este anónimo empieza: «A Josefina». Y termina: «Napoleón».

MANOLÍN.—*(Muy avergonzado)* ¡Caray! ¡Qué despiste!

ROSITA.—Y vamos. Desde luego, yo no soy esa doña Josefina. Pero lo que es usted Napoleón, ya, ya...

MANOLÍN.—Si es que me tienes loco, Rosita.

ROSITA.—*(Enfadada)* ¿Quiere usted no decir más desvergüenzas? Tómese su vaso²² de leche, y a la cama.

19 1951, 1953, 1959, 1965a: *Unos días*

20 1965a: *Incorporándose de súbito*

21 1959, 1965a: *usted los*

22 1959, 1965a: *Tómese un vaso*

MANOLÍN.—(*Amargamente*) ¡Cómo me humillas, Rosita! El vaso de leche todas las noches y el hipofosfito todas las mañanas. ¡Maldita sea!

ROSITA.—¡Señorito! ¡Señorito!

(*Entra Tony, muy contento. Al poco, sale Rosita*)

TONY.—Oye, Manolín, ¿Te acuerdas de Piluca Montes?

MANOLÍN.—¿Aquella morena que conocimos este verano en Zarauz?

TONY.—La misma. Me ha acompañado hasta aquí, y, abajo, en el portal, al despedirnos, me ha pedido relaciones...

MANOLÍN.—¡Atiza!

TONY.—Como lo oyes.

MANOLÍN.—¿Le has dado esperanzas?

TONY.—Hombre, yo, para que no viera que lo estaba deseando, le he dicho que lo pensaré. Pero mañana le diré que sí. Estamos citados en el Retiro. Pero no se lo digas a Maité. Ya sabes que no me deja tener novia... (*Muy contento*) Bueno. ¿Qué te parece?

MANOLÍN.—(*Sensato*) Si la chica va con buen fin...

TONY.—Yo creo que sí. Parece muy formal.

MANOLÍN.—Entonces, enhorabuena, chico. ¡Qué suerte tienes!

TONY.—(*Modestamente*) Hombre... ¡Psch²³!

MANOLÍN.—Pero ¿qué quieres que te diga? A mí me hubiera gustado más vivir en otros tiempos... Cuando se declaraban los hombres a las mujeres... ¡Qué bien lo hubiera hecho yo! (*En este momento entra Rosita. Manolín, embargado²⁴ por el más impetuoso ardor caballeresco, se lanza a sus pies, rodilla en tierra, toma una mano de la muchacha y declama*) ¡Rosita! ¡Princesa mía! Te amo.

ROSITA.—¡Y dale!

MANOLÍN.—Ojos de cielo, cara de rosa, boca de fresa... ¿Puedo besar tu bella mano?

ROSITA.—¡Psch²⁵! (*Con resignación*) Si no es más que la mano...

MANOLÍN.—(*Besándole la mano muy apasionado*) ¡Hum! ¿Puedo besar tus lindos labios?

ROSITA.—¡Ca! Eso ni lo sueñe.

MANOLÍN.—(*Indignado*) ¡A la porra! Se estropeó la escena.

23 1951, 1959, 1965a: *Psche*

24 1951, 1959: *momento entran Rosita y Manolín. Embargado*; 1965a: *momento entra Rosita, y Manolín, embargado*

25 1951, 1959, 1965a: *Psche*

ROSITA.—Y no me venga con más pillerías, señorito Manolín. ¡Le he dicho que no y no!

(Sale Rosita. Manolín se queda francamente chasqueado)

MANOLÍN.—Está visto que esta chica no se pone en situación...

TONY.—(Riendo) Paciencia, hombre.

(Entra Maité. Como Tony, también viene de la calle)

MAITÉ.—¡Hola chicos! He estado en el Capitol²⁶, con Lolita y su tía Isabel. Hemos visto una película de gánsters²⁷. Pero, hijo, qué gánsters²⁸. Brutotes, brutotes. ¡Estupendos! Una película colosal. Pero al final, ¡pum! La desilusión...

TONY.—¿Qué pasa al final?

MAITÉ.—¡Que a los gánsters²⁹ los coge la policía!

TONY.—¡Oh!

MAITÉ.—Claro que esas cosas no pasan más que en América... (Transición) ¿Ha vuelto vuestra madre?

MANOLÍN.—¡Ca! Telefoné diciendo que no la esperaríamos. Fue con el profesor de francés a dar un paseo por el Madrid antiguo...

MAITÉ.—¡Otra vez!³⁰

MANOLÍN.—Otra vez. Por lo visto es un capricho...

MAITÉ.—(Indignada) ¡Pero eso es absurdo!

TONY.—Mujer... Tanto como absurdo. Dicen que el Madrid antiguo es muy bonito. Yo he visto fotografías...

MAITÉ.—Pero es que siguiendo por ese camino, tía Cándida y «monsieur» Duval se irán un día a Toledo...

TONY.—Pues mira. Parece que Toledo tampoco está mal. Los sudamericanos cuentan y no acaban...

MAITÉ.—¡No lo digo por eso! Lo que me parece una torpeza es que tía Cándida y el profesor se pasen las noches en el Madrid antiguo, las tardes en el Retiro

26 *Capitol*: Cine de la madrileña Gran Vía situado en el edificio Carrión, construcción de arquitectura modernista (1931-1933) que causó gran impacto en tiempos de la República, obra de los arquitectos Vicente Eced y Luis Martínez-Feduchi.

27 1953, 1962, 1965b: *de «gangsters»*

28 1953, 1962, 1965b: *qué «gangsters»*

29 1953, 1962, 1965b: *los «gangsters» los*

30 1965a: *¿Otra vez?*

y las mañanas en el Museo del Prado... Tres sitios a donde no va nadie. (*Muy enfadada*) ¿Será posible que vuestra madre no sepa sostener un «flirt» ni siquiera por las apariencias?

MANOLÍN.—¡La pobrecilla no tiene práctica!

TONY.—¡Es que es más inocente!

MAITÉ.—Vuestra madre tiene que hacer precisamente todo lo contrario de lo que está haciendo. Nada de paseítos románticos a la luz de la luna... Tonterías. Nada de visitas al Museo del Prado. Eso se queda para las inglesas. Ella es española, y muy española, a Dios gracias. Tienen que verla del brazo de «monsieur» Duval para que la gente critique y se lo cuenten al tío Ricardo. Pero que la vean en los sitios donde va la gente elegante: en los estrenos, en las «boîtes», en las tabernas... Lo natural. ¿No hemos empezado esta comedia para que tío Ricardo tenga celos y vuelva a enamorarse de ella? Os aseguro que yo no estaré tranquila hasta que vea cómo tío Ricardo le suelta una bofetada a «monsieur» Duval...

TONY.—(*Muy contento*) ¡Será emocionante!

MANOLÍN.—(*También*) ¡Con los puños que tiene papá!

MAITÉ.—Pues ya veis... Llevamos así quince días y vuestro padre sin enterarse. ¿Dónde ha comido tío Ricardo esta noche?

TONY.—En el Círculo, con un señor de Bilbao...

MAITÉ.—¡Ay, qué fresco! De juerga.

TONY.—¿Tú crees?

MAITÉ.—Seguro. Los señores de Bilbao no fallan nunca...

(Entra Rosita. Trae, en una bandeja, un frasco de whisky, una botella de soda y dos vasos. Calladamente, lo dispone todo en una mesita junto al sofá. Los muchachos la rodean con evidente curiosidad)

TONY.—¡Rosita!

MANOLÍN.—¿Whisky?³¹

ROSITA.—Whisky. Es orden de la señora. Acaba de llegar con el profesor y me mandó que preparara aquí algo para beber...

MAITÉ.—¿Dónde están?

ROSITA.—En el despacho, buscando una «Guía Turística de España...»

31 1959: falta la intervención de este personaje, a quien se atribuye el parlamento posterior de Rosita; 1965a: falta la intervención con la pregunta.

MAITÉ.—¡Ay! Cuando yo digo que se van a Toledo... *(Sale Rosita. De pronto, Maité chillá. Manolín y Tony pegan un respingo de susto)* ¡¡Ay!!

MANOLÍN.—¡Contra!

TONY.—Oye, tú...

MAITÉ.—*(Iluminada)* ¡No digáis nada! ¡No habléis! ¡Dejadme pensar! ¡¡Sí!! Esta es la ocasión. ¡Y qué ocasión! Figuraos la escena.

MANOLÍN.—*(Asombradísimo)* ¿Qué escena?

MAITÉ.—¡Esta!³² *(Mira en torno sugestionada)* El salón a media luz. Dos vasos de whisky. Tía Cándida y el profesor de francés sentados en ese sofá muy juntos, hablando en voz baja. Y en ese momento...

MANOLÍN y TONY.—*(Con ansiedad)* ¿Qué?

MAITÉ.—*(Entusiasmada)* En ese momento, entra vuestro padre y, ¡zas!, se lanza sobre «monsieur» Duval y empieza a darle puñetazos...

MANOLÍN.—*(Enardecido)* ¡Bravo!

TONY.—¡Imponente!

MAITÉ.—*(Complacidísima)* ¿Verdad que es una buena ocurrencia?

TONY.—*(Transición)* Oye. Pero ¿cómo va a venir papá si no sabe que mamá y el otro están aquí?

MAITÉ.—Lo sabrá y vendrá. De eso me encargo yo... ¿No dices que tu padre está en el Círculo?

TONY.—¡Sí!

MAITÉ.—Venid. Vamos al otro teléfono.

TONY.—Pero...

MAITÉ.—¡Vamos al teléfono!

(Salen los tres. Por unos segundos, queda la escena sola. Un reloj da dos lentas campanadas. Entra Cándida sola. Tiene cierto aire ausente y preocupado. Muy despacio se sienta en el sofá. Prepara en los dos vasos whisky y soda. Bebe unos sorbos y piensa ensimismada. Con un mohín nervioso clava los ojos en la puerta por donde entró. La impaciencia la hace repiquetear con un pie sobre la alfombra. Al fin, en esa misma puerta, aparece Marcelo. Viene muy calmoso, leyendo con muchísima atención un pequeño librito. Es la «Guía Turística de España». Atraviesa la escena, sin dejar de leer, se sienta también en el sofá, pero muy distante de Cándida. Y sigue leyendo con un interés extraordinario. Ella le

32 1959, 1965a: falta *iEsta!*

observa de reojo. Así, unos instantes. De pronto, Marcelo alza los ojos del libro y dice muy satisfecho, con cierto aire de triunfo)

MARCELO.—¡Toledo!

CÁNDIDA.—¿Cómo?

MARCELO.—Mañana iremos a Toledo. Hay coche de línea por la mañana y por la tarde... ¿Conoce usted Toledo?

CÁNDIDA.—Muy poco. (*Humildemente*) Estuve un día hace muchísimos años...

MARCELO.—¡Oh! Es maravilloso. La Catedral, la casa del Greco, la Posada, esas callecitas estrechas y empinadas... (*Muy preocupado*) Claro que hay un inconveniente. Si mañana vamos a Toledo, no podremos hacer nuestra visita diaria al Museo del Prado.

CÁNDIDA.—(*Muy rápida*) ¡No importa!

MARCELO.—(*Muy amable*) ¿De verdad no le importa sacrificarse y no ir al Museo?

CÁNDIDA.—¡iNo!! (*Casi feliz*) ¡Se lo juro!

MARCELO.—Bien. A Toledo. (*Dichoso, hojeando la³³ guía*) Otro día iremos a Aranjuez. ¡Oh!, «c'est un petit Versailles!». Los jardines, el Palacio, el río. Después, a Ávila...

CÁNDIDA.—(*Impulsivamente*) ¡No!

MARCELO.—(*Muy contento*) ¡Sí, sí! Y también quiero enseñarle a usted Sigüenza, El Escorial...

CÁNDIDA.—(*Con terror*) ¡Dios mío! Pero si conoce usted toda España...

MARCELO.—¡Señora! (*Modestamente*) Es que soy extranjero.

CÁNDIDA.—Pues óigame,³⁴ «monsieur» Duval. (*Con furiosísimo orgullo*) A los españoles, cuando somos niños, nos llevan un día a Toledo, otro a Aranjuez y otro al Escorial, y después ya no volvemos, en toda nuestra vida, ni a Toledo, ni a Aranjuez, ni al Escorial...

MARCELO.—(*Asombradísimo*) ¡Qué horror! Entonces, ¿cómo admiran ustedes sus monumentos nacionales?

CÁNDIDA.—¡Por las postales!

MARCELO.—¡Oh!

CÁNDIDA.—Y si no, ¿para qué cree usted que se han inventado las postales?

MARCELO.—(*Anonadado*) Es curioso. Muy curioso...

33 1951, 1959, 1965a: *Dichoso, ojeando la*

34 1951, 1959, 1965a: *óigame usted, «monsieur»*

(Bastante avergonzado, Marcelo se sienta en un extremo del sofá. Cándida está al otro lado de la escena, presa de verdadera indignación)

CÁNDIDA.—¡No puedo más! Es demasiado... Son quince días yendo todas las mañanas al Museo del Prado para oírle a usted decir que la pintura de vanguardia empieza en los primitivos. Quince días escuchando toda clase de pruebas para convencerme de que³⁵ la «Maja Desnuda» no es la duquesa de Alba. Claro que en eso pierde usted el tiempo. Porque yo pienso lo peor, y estoy segurísima de que la «Maja Desnuda» es la duquesa de Alba...

MARCELO.—¡No!

CÁNDIDA.—¡Sí! Es ella. Me consta. Lo sé de muy buena tinta. Y Goya, un verdadero sinvergüenza. Lo que pasa es que usted le defiende porque ya se sabe que los hombres se defienden unos a otros...

MARCELO.—¡Oh, «madame»!

CÁNDIDA.—Eso, por las mañanas. De noche todavía es peor. ¿Cree usted que hay mujer que resista lo que usted hace conmigo? Yo, pobre de mí, que tenía la idea de que todo lo que fuera salir del barrio de Salamanca era tanto como hacer un viaje a provincias... Yo, desde hace quince días, me paso las noches como un vagabundo, de una punta a otra de Madrid, y andando. Estoy rendida, no puedo más. Cada vez que me lleva usted a la calle del Sacramento tengo la impresión de que vamos a Burgos a pie... *(Casi llorando)* Pues ¿y anoche, que se empeñó usted en que deberíamos estudiar a fondo el ambiente de «Fortunata y Jacinta», y para eso me hizo usted ir y volver desde Pontejos a la Puerta de Toledo, pasando por la Fuentecilla? *(Con furia)* ¡Vamos!

MARCELO.—*(Con desconsuelo)* Pero «madame»... Yo creí que había resultado un paseo delicioso.

CÁNDIDA.—Y, claro, ahora, como ya hemos agotado Madrid, quiere usted salir a provincias... Pero eso sí que no. ¡A provincias, no!

MARCELO.—*(Apuadísimo)* ¡«Madame»!

CÁNDIDA.—*(Con honda amargura)* Y pensar que para usted, solo para usted, durante quince días, me he puesto mis mejores vestidos, mis zapatos más bonitos... ¡Y he estrenado tres sombreros!

MARCELO.—*(Abrumado)* ¿Tres?

CÁNDIDA.—¡Sí! Tres. Pero todo ha sido inútil. Ni una sonrisa, ni una felicitación, ni una de esas cosas tontas y graciosas que saben decir todos los hombres.

35 1953, 1962, 1965b: *convencerme que*

Nada. He ensayado todos los procedimientos para hacerle notar que estaba a su lado. Solo deseaba un poco de atención. Pero he fracasado. A usted solo le importan las historias viejas, las calles antiguas, los cuadros del Museo. Un cuadro de Miguel Ángel le recuerda a usted una anécdota de Victoria Colonna³⁶. En la calle del Rollo se pone usted a hablar de don Juan de Austria, tan tranquilo. Y en el Retiro, en uno de esos maravillosos atardeceres del Retiro... (*Severísima*) ¿Recuerda usted de lo que hemos hablado en el Retiro?

MARCELO.—(*Muy ruborizado*) De la socialdemocracia.

CÁNDIDA.—(*Indignada*) ¿Y no le da a usted vergüenza?

MARCELO.—(*Con los ojos bajos*) Verdaderamente...

CÁNDIDA.—¡«Monsieur» Duval! A veces dudo de que³⁷ sea usted francés.

MARCELO.—Pero, «madame»... Le juro que he nacido en Marsella...

CÁNDIDA.—¡Ah, vamos! Resulta que es francés, pero de provincias. ¡Claro! Si no podía ser de otro modo. ¡Si todos los franceses son como usted, terminaré creyendo que la galantería francesa es algo así como la leyenda negra de Francia! Porque para que usted lo sepa, señor mío... (*Orgullosamente*) En España es muy difícil que una señora salga tres días seguidos con un caballero sin que al tercer día la señora tenga que pararle los pies al caballero. Ya ve usted. ¡En eso sí que soy patriota!

MARCELO.—¡«Madame»! (*Sorprendidísimo*) ¿Quiere usted decir que yo he debido hacerle a usted el amor?

CÁNDIDA.—(*Furiosa*) ¡No!

MARCELO.—¡Oh!

CÁNDIDA.—¿Cómo se atreve usted a pensar eso?

MARCELO.—Perdóneme, «madame». Se lo suplico. (*Todo confusión*) Es horrible. No comprendo nada. Yo estoy muy confundido. Yo estoy, ¿cómo dicen ustedes? Hecho un lío. Eso es. Un lío. Primero, a esos diabólicos muchachos se les ocurre la idea de que usted y yo finjamos un «flirt» para estimular el amor que su marido siente por usted. «C'est une idée magnifique», desde luego. Pero peligrosísima para mí, «madame». Porque su marido, por muy liberal que sea, es un marido español. Y un marido español, por seguir la tradición, es capaz de cualquier barbaridad. «Madame», desde hace quince días mi vida está en peligro. Y vea usted, ni siquiera podré contar después con la satisfacción de haber cumplido con mi deber. Porque ahora resulta, y

36 Victoria Colonna (1490-1547): mujer famosa por su belleza y su talento poético, que inspiró a Miguel Ángel un amor platónico.

37 1951, 1959: *dudo que*

bien lo veo, que «madame» no está satisfecha de mis servicios. «Madame» esperaba mucho más de un francés... Es natural. Los franceses, en el fondo, somos víctimas de la propaganda. Puedo asegurarle a «madame» que en mi país hay muchísimos hombres tan poco interesantes como yo. *(Un suspiro)*
¡Pobre de mí! Me parece que nunca acabaré de entender a las mujeres...

(Se oye, dentro, la voz de Ricardo que grita estentóreamente)

RICARDO.—*(Dentro)* ¡Cándida!

(Cándida y Marcelo, al oírlo, se ponen en pie)

CÁNDIDA.—¡Ricardo!

MARCELO.—¡Su marido!

RICARDO.—*(Dentro)* ¡Cándida!

CÁNDIDA.—¿Qué sucede?

(Va hacia la entrada del fondo. En ese momento surge Ricardo impetuosamente, todo descompuesto)

RICARDO.—¡¡Cándida!! Ven aquí. Mírame a los ojos. ¡Dime la verdad! ¿Dónde está ese hombre?

MARCELO.—*(Muy fino)* ¿Se refiere usted a mí?

RICARDO.—¡No diga usted tonterías! *(Le vuelve la espalda. A Cándida)* ¡Dime dónde está ese hombre que pone en peligro mi honor!

MARCELO.—*(Delicadamente)* Pero si soy yo...

RICARDO.—¿Se quiere usted callar? ¡¡Llámalo, Cándida!! Dile que salga, porque voy a matarlo... *(Llamando hacia el interior)* ¡Salga usted, canalla!

MARCELO.—¡Pero si estoy aquí!

RICARDO.—¡No!

CÁNDIDA.—*(Boquiabierta)* ¿A quién llamas?

RICARDO.—¡¡Al otro!! ¡Tiene que haber otro!

CÁNDIDA.—Te aseguro que en este momento no hay en casa más hombre que «monsieur» Duval...

RICARDO.—¿De verdad? ¿Me lo juras?

CÁNDIDA.—¡Naturalmente!

(Ricardo se vuelve hacia Marcelo, le mira en silencio de arriba abajo y se tranquiliza repentinamente)

RICARDO.—Entonces, no hay duda. Se trata de una broma.

MARCELO.—(*Picadísimo*) ¿Cómo?

RICARDO.—Porque, claro, usted no va a ser. (*Muy divertido*) Me parece que me han gastado una broma. (*Ricardo, que ya respira con sosiego, se³⁸ sienta en el sofá y se seca el sudor. Cándida se sienta junto a él. Al otro lado, mortificadísimo, en pie, Marcelo*) Ahora me lo explico todo. Figúrate que estaba yo en³⁹ el Círculo, tan tranquilo, hace unos minutos, cuando de pronto un ordenanza me trajo un recado telefónico. ¡Y qué recado! Al parecer, una voz desconocida, ¡una voz criminal!, ha llamado diciendo que en este momento, en mi casa, estaba en peligro mi honor...

CÁNDIDA.—¡Dios mío!

RICARDO.—Yo, figúrate. Me volví loco. Ya sé, ya sé que no tengo derecho a dudar de ti... Lo sé. Pero, sin embargo, es algo superior a uno mismo. ¿Comprendes? Grito. Echo a correr. Entro aquí. (*Divertidísimo*) Y mira tú... Resulta que el hombre que está contigo pasando la velada es «monsieur» Duval. (*Riendo*) ¿No tiene gracia? (*Se ríe más*) ¿Eh? ¿Qué te parece a ti? El pobre «monsieur» Duval, tu amante...

(Ricardo porrumpe en una carcajada más fuerte que las anteriores. Marcelo, que desde hace un rato⁴⁰ escucha humilladísimo, con los ojos en el suelo, sufre una brusca transición y pega un puñetazo en un mueble)

MARCELO.—¡No!

(Cándida, asustada, se pone en pie)

CÁNDIDA.—¡Ay!

RICARDO.—¡«Monsieur»!

MARCELO.—(*Reconcentrado*) ¡Ni una risa más! ¿Me oye?

RICARDO.—¡Oiga!

MARCELO.—¡Le digo que se calle! De manera que la posibilidad de que yo sea el amante de su mujer le parece a usted algo tan cómico que solo puede aceptarse a título de broma..., ¿no es eso?

38 1959, 1965a: *Ricardo se vuelve hacia Marcelo, le mira, se*

39 1965a: *estaba en*

40 1965a: *hace rato*

RICARDO.—No he querido ofenderle. (*Muy conciliador*) Por mí, tiene usted todas las condiciones necesarias para ser el amante de mi mujer...

CÁNDIDA.—(*Aterrada*) ¿Qué estás diciendo?

RICARDO.—Bueno. No es eso.

MARCELO.—(*Indignado*) ¿Es que no le gusta a usted mi tipo?

RICARDO.—¡Hombre! De tipo no está usted mal, y de cara, tampoco. Ya quisieran muchos. (*Muy fino*) ¿A ti qué te parece, Cándida?

CÁNDIDA.—A mí «monsieur» Duval me parece muy atractivo...

RICARDO.—¿Oye usted? Por parte de mi mujer tampoco hay inconveniente...

CÁNDIDA.—¡Ricardo! ¿Qué dices?

RICARDO.—(*Con angustia*) ¡Oh! No sé. No sé lo que digo.

MARCELO.—Usted no sabe lo que dice. Pero yo sí sé lo que está pensando... A usted le resulta cómica esta hipótesis sencillamente porque yo soy⁴¹ un pobre hombre. ¡Sí! Un humilde profesor de francés desaliñado, torpe y tímido que pasa inadvertido en todas partes y a quien usted apenas saluda cuando le encuentra todas las mañanas en el vestíbulo de esta casa. En una palabra: yo le parezco a usted muy poca cosa para amante de su mujer.

RICARDO.—(*Dignamente*) ¡Señor mío! Tratándose de mi mujer tengo derecho a desear para ella lo mejor.

CÁNDIDA.—(*Entre los dos, muy conciliadora*) Pero si yo no soy nada exigente...

RICARDO.—(*Un grito*) ¡Cándida!

CÁNDIDA.—¡Ay, Dios mío!

MARCELO.—¡Sí! Le parezco a usted muy poco. Pero no porque usted crea que todo es poco para una mujer como la suya. ¡No! Es su enorme vanidad la que se ofende. Usted no puede concebir, ni siquiera con la imaginación, que su rival sea un hombre tan modesto como yo... Pues se equivoca usted, señor mío. Estoy en perfectas condiciones para ser el amante de su esposa.

RICARDO.—(*Airado*) ¿Está usted seguro?

MARCELO.—¡Sí! (*Vuelve los ojos hacia Cándida y la envuelve en una mirada emocionada. Habla con otra voz, llena de la mayor ternura*) ¿Cómo no voy a estarlo, si ella es mi vida y todos mis sueños?

CÁNDIDA y RICARDO.—(*Al tiempo*) ¿Qué?

MARCELO.—¡Señora! Ya no puedo callar más. Desde hace un año estoy enamorado de usted como un loco...

41 1959, 1965a: *porque soy*

(Cándida y Ricardo, sobresaltadísimos, se ponen en pie nuevamente)

RICARDO.—¿Qué?

CÁNDIDA.—¡Marcelo!

RICARDO.—*(Como un energúmeno)* ¿Qué ha dicho?... ¡Repítalo, que le mato!

CÁNDIDA.—*(Casi sin voz)* Pero, Dios mío, ¿de verdad está usted enamorado de mí?

MARCELO.—*(Muy emocionado)* ¡Con toda mi alma!

(Cándida, conmovidísima, corre a Marcelo con las manos extendidas)

CÁNDIDA.—¡Mi querido Marcelo!

MARCELO.—*(Emocionadísimo, cogiéndole las manos)* ¡Señora!

RICARDO.—*(Boquiabierto)* Pero, Cándida...

CÁNDIDA.—¿No me engaña usted?

MARCELO.—¡No! ¡Se lo juro!

CÁNDIDA.—*(Muy risueña)* Pero, hombre, ¿por qué no me lo ha dicho usted antes?

RICARDO.—*(En un grito)* ¡¡Cándida!!

CÁNDIDA.—¡Ricardo!

RICARDO.—¿Es que te has vuelto loca? ¡Ven aquí!⁴²

(Cándida, muy enfadada, se vuelve hacia Ricardo)

CÁNDIDA.—Mi querido Ricardo. No estoy dispuesta a que me estropees este momento. Es la primera vez que se me declaran desde que tú me pediste relaciones hace veinte años, y la verdad, no⁴³ me lo quiero perder...

RICARDO.—Pero Cándida, Cándida. ¡Oh!

(Va de un lado a otro, furiosísimo. Cándida va a Marcelo y, suavemente, con mucha ternura, le sienta en el sofá)

CÁNDIDA.—Venga usted aquí, Marcelo. Póngase cómodo. ¿Un poco de whisky?

MARCELO.—Gracias. Lo necesito...

42 1965a: Falta *¡Ven aquí!*

43 1953, 1962, 1965b: *verdad que no*

CÁNDIDA.—¿Dice usted que me quiere desde hace un año?

MARCELO.—(*Soñador*) Justo. Desde el día que vine a esta casa para dar mi primera lección a Maité... Llevaba usted un vestido azul con un gran cuello blanco. No he podido olvidar ese vestido.

CÁNDIDA.—¡Me lo pondré mañana!

MARCELO.—¿De veras? ¿Hará usted eso por mí?

CÁNDIDA.—Lo haré... Es lo menos que usted se merece. ¿Ha sufrido usted mucho desde entonces?

MARCELO.—Muchísimo.

CÁNDIDA.—(*Enternecida*) Pobrecito, pobrecito mío.

(Ricardo, desde el fondo, furiosísimo, pega un puñetazo en cualquier parte)

RICARDO.—¡Cándida! ¿Qué significa esto? ¿Qué te propones? Dile a ese hombre que salga de mi casa... ¡Díselo!

CÁNDIDA.—(*Muy enérgica*) ¡Ricardo! Esas voces son de muy mala educación... Y no sé por qué vas de un lado para otro como si estuvieras en una jaula. ¿Quieres decirme qué sucede para que te pongas así?

RICARDO.—Yo me voy a poner enfermo. Me siento muy mal... Tengo fiebre.

CÁNDIDA.—No tienes nada. Estoy segura. ¿Quieres sentarte, sí o no?

RICARDO.—(*Desolado*) Pero, Cándida. ¡Tú! ¡Tú!

(Está angustiadísimo. Ella le señala un sillón muy lejano)

CÁNDIDA.—¡Siéntate ahí! Seamos sensatos, Ricardo. Marcelo se me ha declarado. Yo debo de estarle⁴⁴ muy agradecida...

RICARDO.—¿Tú?

CÁNDIDA.—¡Naturalmente! Una declaración de amor es siempre un homenaje. En principio, cuando un hombre se declara a una mujer, ella debe quedarle muy agradecida. Y en esta ocasión, tú, que eres mi marido, también debes estar muy agradecido a Marcelo...

RICARDO.—¿Yo? ¡Es el colmo!

CÁNDIDA.—Sí, tú. Parece mentira que un hombre de mundo como tú ignore estas⁴⁵ cosas. Lo que pasa es que no estás en situación. Te pones a dar gritos y

44 1962, 1965a: *debo estarle*

45 1965a: *tú ignores estas*

paseos de un lado para otro y todavía no le has dado las gracias a «monsieur» Duval...

RICARDO.—¡Cándida! ¿De verdad quieres que le dé las gracias?

CÁNDIDA.—¡Sí!

MARCELO.—Deje, deje... (*Amablemente*) No se moleste.

CÁNDIDA.—Por lo menos, siéntate y escucha... Debemos oír a Marcelo. (*Sonríe. Le mira con cariño*) Seguramente, tiene muchas cosas que decirme.

MARCELO.—«Oh, madame! Ça m'ennuye beaucoup que votre mari⁴⁶ soit ici...»

CÁNDIDA.—(*Confidencial*) «Mais oui, cher Marcel. Je ne peux pas l'éviter.»

RICARDO.—(*Furioso*) ¡No!

CÁNDIDA.—¡Oh!

RICARDO.—¡En francés, no!

CÁNDIDA.—¿Por qué?

RICARDO.—¡Porque no lo entiendo!

CÁNDIDA.—(*Sublime*) ¡Qué egoísta eres! (*Transición. A Marcelo, piadosamente*) ¡Querido! Mi marido no sabe francés. A pesar de su emoción, ¿podrá usted hablarme en castellano?

MARCELO.—Lo procuraré... (*La mira a los ojos, sonríe. Baja los ojos ruborizado. Habla con una indudable y honda verdad, emocionado*) ¡Señora! El amor no tiene más que una frase sincera que tiene el mismo valor en todos los idiomas... Una frase de dos palabras pequeñas. ¡Te quiero!

RICARDO.—(*Superior*) ¡Oh! ¡De la vieja escuela!

MARCELO.—¡Señora! ¡Dígale que no me interrumpa!

CÁNDIDA.—¿Te quieres callar, sí o no? (*Dulcemente*) Siga, Marcelo. Decía usted: «Te quiero...».

MARCELO.—¡Señora! Desde hace un año tengo todos los días un momento de felicidad. Cuando usted entra por las mañanas en el cuarto de estudio y me pregunta: «¿Cómo va Maité, profesor?». Yo le contesto: «Muy mal, «madame»». Usted, entonces, se ríe, me tiende esa mano, que yo beso, y se va... Solo por esos instantes, que a veces duran unos pocos segundos, vivo desde hace un año. Los domingos soy muy desgraciado porque no hay clase. Duermo soñando con usted. Ando horas y horas por esas calles pensando en usted. Soy muy feliz por usted, y soy muy desgraciado por su culpa. A veces creo que la vida es alegre y bella como un jardín por la mañana. Otros días pienso que no merece la pena vivir. Así la quiero. Durante estos últimos días la he tenido junto a mí con su perfume, con su maravillosa presencia, pero

46 1951, 1953, 1959, 1962, 1965a: *que son mari*

no he tenido fuerzas para cogerle una mano, para decirle un piropo, para rozar sus vestidos. ¿Comprende usted ahora mi timidez? Usted iba conmigo como en un juego. Yo iba con usted como en un⁴⁷ sueño. Y ya ve usted, aunque todo era un juego, yo, ipobre de mí!, estaba jugando con esta verdad tan honda... (*Se calla. Sonríe*) Bueno. Ya he hablado demasiado. En el amor solo importan las dos palabras maravillosas: ¡Te quiero!

CÁNDIDA.—(*Muy bajo*) Marcelo... (*Un silencio. Ella, con disimulo, se seca una lágrima. Se levanta. Avanza. Marcelo sigue quieto en el sofá. Ricardo, alejado, en su sillón, mira al techo*) Ha sido una declaración muy hermosa...

RICARDO.—(*Un poco impresionado también*) ¿Tú crees?

CÁNDIDA.—A ti, Ricardo, que tienes tanta costumbre, ¿qué te ha parecido?

RICARDO.—Mujer, yo...

CÁNDIDA.—Porque tú te has declarado a muchas señoras casadas.

RICARDO.—Bueno, bueno... Tanto como a muchas... No exageres.

CÁNDIDA.—Sí, a muchas. Y con éxito. ¡No seas modesto!

RICARDO.—Bien, bien. Si lo que quieres de mí es una opinión técnica sobre la declaración de este caballero...

CÁNDIDA.—Eso mismo.

RICARDO.—Entonces... No tengo inconveniente. (*Se pone en pie, se estira los puños de la camisa y pregunta muy cortés*) ¿Puedo hablar con sinceridad? ¿No se ofenderá usted?

MARCELO.—(*Alarmado*) ¿Es que no le ha gustado?

RICARDO.—Pues, francamente..., ¡no!

MARCELO.—¡Oh! (*Dolidísimo*) Cómo lo siento... Lo siento muchísimo.

(Marcelo, muy mohíno, está en el sofá. Ricardo va hacia él, se sienta a su lado y le da unos consoladores golpecitos en la espalda)

RICARDO.—¡Ea, ea!, no hay que amilanarse. No desespere. Lo que ocurre es que tiene usted un concepto demasiado romántico del amor. No es eso, no es eso, amigo mío. Las⁴⁸ mujeres gustan del amor rosa en las novelas, en las comedias y en el cine... Pero en la vida prefieren el amor un poco más audaz. Se ha declarado usted a mi mujer como podría haberle pedido relaciones a una colegiala un teniente de infantería. Ha hablado usted de sueños, de

47 1959, 1965a: como un

48 1965a: amigo. Las

jardines... ¡Ta, ta, ta! Vieja escuela, querido, vieja escuela. Tiene usted mucho que aprender. Las casadas no se rinden así. ¿Me permite usted que le haga una demostración práctica? Figúrese usted que mi mujer no es mi mujer, sino una mujer casada a la que yo hago esta noche el amor... (*Se pone en pie y va hacia Cándida*) ¡Cándida! Te quiero. Te he querido siempre a ti sola. Tú eres toda mi vida. ¡No juegues conmigo, Cándida, no juegues! Te quiero. ¡Te quiero tanto!

(La mira hondamente. La coge entre sus brazos. La besa. Es un beso profundo, apasionado)

MARCELO.—¡Oh! ¡Oh!

CÁNDIDA.—¡Ricardo! ¿Cómo puedes...?

(Se retira, avergonzada, y se sienta en un sillón. Ricardo, muy ufano, se vuelve hacia Marcelo)

RICARDO.—¿Qué? ¿Ha visto usted?

MARCELO.—Sí.

RICARDO.—¿Qué le parece?

MARCELO.—(*Con tímida rabia*) ¡Me parece un abuso!

RICARDO.—(*Riendo*) ¡Naturalmente! Pero, amigo mío, ¿todavía no sabe usted que el amor es un continuo abuso de confianza? (*Muy risueño*) Y tú, querida, ¿qué opinas? ¿Quién tiene razón, ¿él o yo?

(Un silencio. Cándida calla, mira a uno y a otro⁴⁹. Al fin, baja los ojos al suelo)

CÁNDIDA.—¡Él!

RICARDO.—¿Qué?

CÁNDIDA.—Él tiene razón porque dice la verdad. ¡Habla con el corazón! Tú, no. Tú, mientes.

RICARDO.—¡Cándida!

CÁNDIDA.—¡Sí! Mientes siempre. Tus palabras son mentira⁵⁰. Tus besos son mentira. ¡Todo es mentira!

49 1965a: y otro

50 1965a: son mentiras

RICARDO.—(*Estupefacto*) ¡Cándida! ¿Qué juego es este?

(Un silencio. Al fin, Marcelo avanza hacia Cándida y le besa una mano que ella le tiende)

MARCELO.—Gracias, «madame»... (*Un silencio*) ¿Puedo retirarme?

CÁNDIDA.—Sí, Marcelo. Yo le acompaño. Buenas noches.

(Salen los dos. Ricardo, solo en primer término, en un sillón, hunde la cabeza entre las manos. Por una puerta lateral asoman con muchísima cautela Maité, Manolín y Tony. Los tres visten ya pijama. Cuchichean en la entrada)

MAITÉ.—¡Chiss!

TONY.—¿Qué habrá pasado?

MAITÉ.—No lo sé. Pero ha debido de ser horrible...

MANOLÍN.—No veo nada roto...

MAITÉ.—¡Oh! Mirad. ¡El marido!

(Los tres avanzan hacia Ricardo, mirándole piadosamente)

TONY.—¡Papá! ¿Le... le has pegado?

RICARDO.—¿Yo? No.

MANOLÍN.—(*Asustado*) ¿Es que te ha pegado él a ti?

RICARDO.—No... Tampoco.

MAITÉ.—(*Con evidente disgusto*) Pues no me lo explico, porque estaba todo a punto. Lo que pasa es que la gente no se pega por nada... Ya se ve.

(Ricardo alza la cabeza y los contempla irritado)

RICARDO.—¿Qué estáis diciendo? ¿Qué hacéis aquí vosotros?

LOS TRES MUCHACHOS.—(*Con susto*) ¡Ay!

(Los tres chicos, llenos de pavor, desaparecen corriendo.⁵¹ Ricardo se hunde de nuevo en el sillón. Una levísima pausa. Entra Cándida. Muy despacio, se sienta en el sofá, lejos de Ricardo)

51 1965a: desaparecen. Ricardo

RICARDO.—Ni una palabra, ¿sabes? No quiero que hablemos ni una palabra sobre este absurdo incidente...

CÁNDIDA.—Mejor será...

RICARDO.—(*La mira. Un silencio. Una transición*) Oye... ¿Qué te parecería si tú y yo, solos, hiciésemos un viaje a Mallorca? ¿Eh?

CÁNDIDA.—¿A Mallorca? (*Sorprendida*) Pero si ya hemos estado en Mallorca...

RICARDO.—¡Por eso!

CÁNDIDA.—No, no. Es absurdo volver a los sitios donde ya se ha estado... Todo el mundo dice que ha cambiado mucho, pero no es verdad. Lo único que pasa es que han puesto trolebuses. Y, la verdad, no merece la pena ir a Palma para ver si han puesto trolebuses...

RICARDO.—Es que me gustaría volver a vivir todo aquello. Me gustaría volver a comprarte en Manacor un collar de perlas, como entonces. Me gustaría volver a visitar contigo las cuevas del Drach, una mañana de domingo, para oír el concierto de Chopin que tocan los músicos en la barca llena de luces... ¿Recuerdas? Yo, en el fondo, soy un sentimental.

CÁNDIDA.—¡Ah! Era por eso...

RICARDO.—Sí, Cándida. Quisiera volver a empezar. Si tú quieres... Sería tan sencillo y tan bonito. Mi vida desde mañana va a cambiar por completo. Seré otro hombre: el que he debido de ser⁵² siempre. Ya verás, ya verás... Voy a ser un auténtico padre de familia. No comeré fuera. No saldré de noche. Tú y yo siempre juntos...

CÁNDIDA.—¿Qué dices, Ricardo?

RICARDO.—Lo que oyes. ¡Voy a cambiar de vida!

CÁNDIDA.—(*Indignada*) ¡Ah, no! Eso sí que no... De manera que te has pasado veinte años de matrimonio divirtiéndote a tu gusto y esta noche, precisamente esta noche, quieres cambiar de vida. (*Muy enfadada*) ¡Ricardo! Nunca creí que fueras tan egoísta.

RICARDO.—(*Atónito*) ¿Qué dices?

CÁNDIDA.—Además, es imposible. Tú eres como eres y serías muy desgraciado si fueras de otro modo. Te pondrías enfermo. Lo sé. A los trasnochadores como tú les sienta muy mal quedarse en casa... Se acatarran. (*Sonríe*) No, Ricardo. No es necesario que tomes actitudes heroicas. Mira, esta noche, sentada en ese sofá entre Marcelo y tú, he comprendido muchas cosas. ¡Muchísimas! Tantas, que, en un minuto, te he comprendido a ti, y al comprenderte te he perdonado tus veinte años de infidelidades. Tú no me has engañado por

52 1962, 1965a: *debido ser*

frivolidad, ni siquiera por capricho, mi pobre Ricardo. Has sido un marido⁵³ infiel porque no has tenido más remedio que serlo. Porque el peligro te atraía y tiraba de ti y jugaba con tu voluntad. Es maravillosa esa fascinación de lo peligroso... Bien lo sé ahora. Esta noche acabo de oír palabras de amor de otro hombre que no eras tú. Y sé que me ha gustado oírlas... (*Sonríe*) Ya ves, ahora no podría juzgarte mal, querido Ricardo. He descubierto que a mí también me atrae el peligro... No debe extrañarte. Después de todo, yo también soy un ser humano como tú.

RICARDO.—Me asusta oírte. No sé qué quieres decir...

CÁNDIDA.—(*Sonríe*) Nada... (*Se ríe*) No te preocupes demasiado. La verdad es que la vida es casi una broma. Eso también lo he aprendido esta noche. Un juego⁵⁴ de personas mayores que a veces puede empezar como un juego de niños.

(*Entra Rosita*)

ROSITA.—¡Señora! «Monsieur» Duval llama a la señora por teléfono...

(*Y sale*)

CÁNDIDA.—¡Ah! Sí... Dijo que llamaría desde el café de la esquina. (*Corre al teléfono. Toma el auricular de la mesita. Cuando va a hablar, piensa, sonríe y lo vuelve a dejar en su sitio*) Bueno; si no te importa, hablaré desde mi cuarto... Es más cómodo.

RICARDO.—Sí, claro...

CÁNDIDA.—Buenas noches, Ricardo. Hasta mañana.

RICARDO.—Buenas noches.

(*Cándida sale aprisa por una puerta de la derecha. La primera intención de Ricardo, solo, es escuchar. Coge el auricular. Pero se arrepiente y lo suelta rápido. Luego, abatido, ensimismado, marcha hacia el fondo. Apaga las luces. Entra en la terraza. Se le ve allá entre las sombras, apoyado inmóvil en el antepecho. La escena ha quedado casi a oscuras, sin más luz que el resplandor de la luna que entra por la terraza. Surgen, como tres duendes,*

53 1959, 1965a: *sido marido*

54 1951, 1953, 1959, 1962, 1965a: *noche. Un juego. Un juego*

Maité, Manolín y Tony. Cada uno de los tres, a sus anchas, va fumando un cigarrillo)

MANOLÍN.—(*Un cuchicheo*) ¿Qué?

TONY.—Nadie...

MAITÉ.—¡Chist⁵⁵!

(Maité avanza hacia la puerta por donde desapareció Cándida. Los otros la siguen. Maité escucha)

TONY.—¿Están ahí?

MAITÉ.—¡Sí! Están los dos. Al tío Ricardo no se le oye. Pero tía Cándida no hace más que decirle: «Es maravilloso, maravilloso...».

TONY.—¡Bravo!

MAITÉ.—(*Muy bajito, satisfechísima*) ¡Ay, la verdad es que hemos tenido una buena idea! Esta noche ya podemos dormir tranquilos... ¡Chist⁵⁶!

(Marchan de puntillas)

TELÓN

55 1951, 1959, 1965a: *Chiss*; 1962: *Chis*

56 1951, 1959, 1965a: *Chiss*; 1962: *Chis*

ACTO TERCERO

El mismo decorado. A la mañana siguiente del acto anterior.

(Maité, sentada a la mesa, desayuna. Mientras come, lee atentísimamente un ejemplar de «ABC». Rosita, al otro extremo de la escena, ordena, en un cacharro, un ramo de flores)

ROSITA.—¡Señorita! ¿Se puede saber qué lee usted con tanto interés? ¿Es que hay algún crimen bueno?

MAITÉ.—¡Ay, no! Estoy leyendo los «Ecos de sociedad».

ROSITA.—¡Ah! ¿Sí?

MAITÉ.—*(Felicísima)* ¡Huy! Me chiflan... Mira. Hay unas cuantas personas⁵⁷ importantes que van a todas las fiestas, y claro, salen todos los días en los «Ecos de Sociedad» de «ABC». Como siempre son los mismos, yo ya me los sé de memoria. Y les he tomado mucho cariño... Vamos, los quiero como si fueran amigos íntimos.

ROSITA.—¡No me diga!

MAITÉ.—Ya lo creo. Cuando hay una fiesta y alguno de los que van siempre no aparece en «ABC», me cuesta un disgusto. Ahora mismo, la duquesa de Monteviejo me tiene muy preocupada. Se ha perdido tres «cóckteles» y un té.

ROSITA.—Eso es que la duquesa se ha retirado a la vida privada.

MAITÉ.—¡Ca! Eso es que ha pescado una gripe...

ROSITA.—¿Usted cree?

MAITÉ.—¡Vamos! Si no es por enfermedad, esta duquesa no se pierde tres guateques así como así. ¡Si la conoceré yo! *(Transición)* Oye... ¿Para dónde son esas flores?

ROSITA.—Para el cuarto de estudio. La señora ha ordenado que, desde hoy, todas las mañanas haya flores en el cuarto cuando «monsieur» Duval dé su lección a la señorita...

MAITÉ.—¡Anda!

ROSITA.—Sí, señorita. Y, además, la señora quiere que todos los días se sirva a «monsieur» Duval una taza de café y un «croissant». Dice la señora que hay

57 1965a: *unas personas*

que cuidar mucho al profesor, porque el pobrecito vive solo en una pensión y está muy abandonado...

MAITÉ.—¡Ay! (*Regocijadísima*) De modo que flores en el estudio, café y un «croissant». ¡Es fantástico! Resulta que tía Cándida finge tan bien que parece que se⁵⁸ ha enamorado de verdad de «monsieur» Duval...

ROSITA.—¡Toma! Como que hace un ratito, cuando la señora me daba estas órdenes y hablaba de «monsieur» Duval, le brillaban los ojos de una manera... Yo juraría que se le saltaban las lágrimas.

MAITÉ.—¡Fabuloso! Nadie hubiera creído que tía Cándida era capaz de representar una comedia de ese modo. Para que se fíe una de las señoras que no han roto un plato...

(Entra Manolín. Se lanza, casi con desesperación, a ocupar un puesto en la mesa. Durante las primeras palabras de la escena que sigue, Rosita abandona el arreglo del búcaro y entra en la terraza, donde se ocupa en arreglar las plantas. Luego desaparece por la izquierda de la terraza. Quedan solos en escena Maité⁵⁹ y Manolín)

MANOLÍN.—¡Pronto! Mi desayuno...

MAITÉ.—Hola, hombre. ¿Qué vas a tomar?

MANOLÍN.—De todo... Café, mermelada, mantequilla y pan. ¡Mucho pan!

MAITÉ.—¡Ay, hijo! ¡Qué apetito más ordinario!

MANOLÍN.—(*Comiendo*) Es que me muero de hambre... No sé qué me pasa por las mañanas...

MAITÉ.—Lo mismo que a todas horas... ¡Que te pasas el día comiendo!

MANOLÍN.—(*Con la boca llena*) ¿Tú crees?

MAITÉ.—Claro que sí. Pero no te preocupes, hijo. (*Muy suficiente*) Cuando seas mayor y te enamores perderás el apetito. Ya verás, pequeño, ya verás...

(Manolín se pone en pie lleno de furia)

MANOLÍN.—¡¡Maité!!

MAITÉ.—(*Muy asustada*) ¡Ay!

MANOLÍN.—¡Si me vuelves a llamar pequeño otra vez, te atizo!

58 1959, 1965a: *bien que se*

59 1965a: *solos Maité*

MAITÉ.—(*Con mucha dignidad*) ¿A mí? ¿A una señorita?

MANOLÍN.—¡Sí, a ti! ¿Qué pasa?

MAITÉ.—¡Salvaje! ¡Ordinario! ¡Bruto! ¡Más que bruto!

MANOLÍN.—¡Ea!, que ya estoy muy harto. Tanto pequeño por aquí y pequeño por allá. ¡Porras!

MAITÉ.—¡Bruto! ¡Bruto! ¡Bruto!

(*Aparece Tony. Viene listo para salir a la calle. De punta en blanco, elegantísimo*)

TONY.—¡Chist! ¿Hay bronca?

(*Maité y Manolín se vuelven hacia el recién llegado y de pronto olvidan su pendencia, porque se quedan suspensos viendo el elegante porte de Tony*)

MAITÉ.—¡Tony!

MANOLÍN.—¡Chico!

MAITÉ.—¡Qué elegancia!

TONY.—Psche... ¿De verdad estoy bien? ¿Os gusto?

MANOLÍN.—¡Toma! Si hasta se ha puesto una corbata de papá...

MAITÉ.—Oye. ¿Y se puede saber adónde vas tú tan peripuesto y tan de mañana?

TONY.—(*Misterioso*) ¡Psche! Cosas.

MAITÉ.—¿Cosas? Oye, oye, oye...

TONY.—¡Je! (*Tímidamente*) Verás... Es que tengo una cita.

MAITÉ.—¿Una cita? ¿Dónde?

TONY.—¡Je! ¡En el Retiro! En la Rosaleda...

MAITÉ.—(*Interesadísima*) ¿Con quién?

TONY.—Pues... (*Heroicamente*) Con Piluca Montes.

MAITÉ.—(*Escamadísima*) ¡Ah! ¿Sí? ¿Y por qué te has citado con Piluca Montes en la Rosaleda?

TONY.—Bueno. Es que anoche no tuve tiempo de decírtelo. Como estábamos tan ocupados arreglando los conflictos de mamá... Pero ayer me encontré a Piluca y se me declaró...

MAITÉ.—(*Casi en un grito*) ¿Qué?

TONY.—Sí. Y quedamos en vernos hoy por la mañana en la Rosaleda para que yo le dijera lo que había decidido. ¿Comprendes?

MAITÉ.—(*Excitadísima*) Entonces es que Piluca Montes te ha puesto los puntos...

TONY.—Sí, sí. ¡Y de qué manera, chica!

MAITÉ.—La muy...

TONY y MANOLÍN.—(Asustadísimos) ¡Maité!

MAITÉ.—La muy...

MANOLÍN.—Oye, tú. A ver si dices algo que no podamos oír nosotros...

MAITÉ.—(Al fin) ¡La muy... fresca, descarada, sinvergüenza!

TONY.—¡Maité!

MAITÉ.—¡La arranco⁶⁰ el pelo! (Con muchísimo coraje) Esa pécora... Esa coqueta... Esa mala amiga. De manera que se te ha declarado sabiendo lo que sabe, porque yo le he⁶¹ hecho confidencias y se lo he contado todo...

TONY.—(En la luna) ¡Anda! ¿Y qué es lo que sabe?

MAITÉ.—(Enrojeciendo) ¿A ti qué te importa? (Transición. Irritadísima) ¡Tony! Quítate ese traje y devuélvele esa corbata al tío Ricardo, porque tú no vas hoy a la Rosaleda...

TONY.—(Muy contrariado) Pero, mujer...

MAITÉ.—¡He dicho que no vas! ¿Me has oído?

TONY.—¡Y dale! (mohíno) ¡Siempre que voy a tener novia te pones tú en medio! Ya me has estropeado tres proporciones...

MAITÉ.—Y te estropearé otras tres. Y muchas más. ¡Pues no faltaría otra cosa!

TONY.—(Indignado débilmente) Pero ¿es que yo no tengo derecho a tener novia?

MAITÉ.—¡Claro que sí! Y la tendrás. Pero no esa lagartona de Piluca, ni otras por el estilo... Tú tendrás la novia que te mereces. La única que debes tener. ¿Comprendes? La que más te quiere...

TONY.—(Curiosísimo) Oye... Y ¿quién es esa?

MAITÉ.—¿Esa? (Enrojece, se azara muchísimo) Pues quién va a ser...⁶²

TONY.—¿La conoces tú?

MAITÉ.—(Se va a echar a llorar) ¡Huy! Muchísimo. Una barbaridad... ¡Ay, Dios mío! Pero qué tonto, retonto, que tontísimo eres.

TONY.—(Estupefacto) ¡Maité!

MANOLÍN.—¡Chica!

MAITÉ.—(Azoradísima,⁶³ llorando con verdadero desconsuelo) ¡Ay, Dios mío! ¡Qué desgraciada soy! Pero ¡qué desgraciada!...

60 1959, 1965a: ¡Le arranco

61 1959, 1965a: yo la he

62 1965a: ¿quién va a ser...?

63 1962: Azoradísima

(Y toda llena de rubores escapa corriendo por el fondo. Tony y Manolín se quedan estupefactos mirándose de hito en hito)

TONY.—¿Has oído?

MANOLÍN.—¡Sí!

TONY.—*(Emocionadísimo)* ¿Si será...?

MANOLÍN.—Yo creo que sí...

TONY.—¿Si será...? ¿Si será...? *(Transportado por el júbilo y la sorpresa escapa hacia el fondo)* ¡Maité, escucha!... ¡Espera, Maité!

MANOLÍN.—*(Muy contento)* ¡Chico! ¡Chico!

(Y sale también Manolín corriendo detrás de su hermano. Un segundo la escena sola. Entra Ricardo. Tiene un gesto huraño, un humor pésimo. Va a la mesita, se sienta y, maquinalmente, comienza a desayunar. Un instante después regresa a escena Rosita, por la terraza. Se dirige al lugar donde está el búcaro de flores que antes compuso, lo toma y se dispone a salir)

ROSITA.—Buenos días. ¿Necesita algo el señor?

RICARDO.—¡No! *(Transición)* Un momento. ¿Adónde vas con esas flores?

ROSITA.—*(Sonríe)* Son para la mesa de «monsieur» Duval...

RICARDO.—¡Oh!

(Nerviosamente, se le cae una cucharilla, que hace un ruido tremendo. Rosita inquiere amablemente)

ROSITA.—¿Le sucede algo al señor?

RICARDO.—*(Ceñudo)* ¡Vete! Déjame en paz...

ROSITA.—Sí, señor...

(Sale Rosita con sus flores. Ricardo toma su café. Aparece Cándida. Viste un bonito traje azul con un gran cuello blanco. Ricardo, al verla, se pone en pie, casi de un brinco)

RICARDO.—¡Cándida!

CÁNDIDA.—¡Ay! ¿Qué?

RICARDO.—¡Ese vestido! ¡Has sido capaz de ponerte ese vestido!⁶⁴

CÁNDIDA.—(*Sonríe*) Naturalmente... ¿Ya no recuerdas que se lo prometí anoche a Marcelo? Yo llevaba este vestido cuando él me conoció, hace un año, y se enamoró de mí. Para él es un bello recuerdo. ¿Qué quieres? Me parece de muy buen gusto que hoy vuelva a encontrarme tal como me vio entonces...

RICARDO.—Eso no es decente...

CÁNDIDA.—¿Qué dices? Si es un modelo recatadísimo...

RICARDO.—¡Está pasado de moda!

CÁNDIDA.—(*Sonríe*) No... Los recuerdos no pasan de moda. (*Se sienta a la mesa y se prepara el desayuno. Habla con una alegre ternura*) ¡Pobrecillo Marcelo! Quién iba a pensar que en un hombre tan tímido y tan delicado había un ser tan apasionado. Ha sido una deliciosa sorpresa. Claro que yo comprendo que a ti no te puede resultar simpático. ¡Sois tan diferentes! En él todo es quietud y serenidad y paz... Tú eres el alboroto, el ruido, el escándalo. Como si dijéramos: Marcelo es el ideal para marido, y en cambio tú eres el perfecto amante. (*Suspira*) Lo malo es cuando una se casa con el amante. Entonces resulta que no tiene una ni amante ni marido... (*Con volubilidad*) ¿Quieres otra taza de café?

RICARDO.—¡No!

CÁNDIDA.—(*Con risueña impaciencia*) Debe de estar al llegar. Es la hora de su lección a Maité... Verás cómo se emociona al verme. (*Sonríe*) Dicen que los enamorados, cuando sueñan, recuerdan siempre a la amada tal como la vieron el primer día. (*Se mira y vuelve a sonreír*) A mí eso me conviene, ¿sabes? Reconozco que este vestido me favorece un poco... (*Transición*) Te costó dos mil pesetas.

RICARDO.—(*Cejijunto*) Dos mil quinientas.

CÁNDIDA.—¿Tanto?

RICARDO.—¡Sí! Esas cosas nunca se me olvidan⁶⁵...

CÁNDIDA.—Pues es caro...

RICARDO.—Eso dije yo entonces y tú te empeñaste en que era una ganga...

CÁNDIDA.—Sí, es posible. Pero, si lo piensas bien, verás que el tiempo me ha dado la razón. Por unas pocas pesetas diste ocasión a despertar un gran amor en el corazón de Marcelo... ¿No te sientes orgulloso?

64 1965a: ¿Has sido capaz de ponerte ese vestido?

65 1965a: se olvidan

RICARDO.—Mucho... Muchísimo. Es una verdadera satisfacción para un marido haber contribuido con dos mil quinientas pesetas a que otro hombre se enamore de su mujer.

CÁNDIDA.—(*Amablemente*) ¿Quieres un poco más de café?

RICARDO.—(*Furioso*) ¡Te he dicho que no!

CÁNDIDA.—¡Ay! Ricardo..., ¿qué te sucede?

RICARDO.—¡Que voy a estallar! ¡Que me voy a volver loco! ¡Que voy a hacer un disparate! ¡Eso!

CÁNDIDA.—¡Ricardo!

RICARDO.—Pero Cándida, reflexiona, por favor. ¿Tú crees que puedo resignarme con el papel que me corresponde en todo lo que aquí está sucediendo desde anoche?

CÁNDIDA.—¿Sabes lo que pienso?

RICARDO.—¿Qué?

CÁNDIDA.—Que otro, en tu lugar, estaría muy ufano...

RICARDO.—¡Cándida!

CÁNDIDA.—Sí, no me mires así. Lo natural es que un marido se sienta halagado cuando su mujer es capaz de despertar todavía una gran pasión. Sobre todo un hombre de ideas morales tan audaces y tan modernas como las tuyas... Lo que pasa es que tú eres muy moderno cuando tratas de conquistar a la mujer de un amigo. Pero, claro, cuando es otro hombre el que le hace el amor a tu mujer, entonces pones el grito en el cielo... ¡Ah! No, hijo. Eso no vale.

RICARDO.—¡Cándida! Me parece otra. Jamás has hablado con esa frivolidad. ¿No te das cuenta de que todo esto es muy grave? Anoche, de madrugada, en esta misma habitación, en mi presencia, un hombre se ha declarado a mi mujer...

CÁNDIDA.—Bueno. Pero de una manera bastante original. Por primera vez, en escena había un francés y no era el marido... Era el otro.

RICARDO.—Después, ese individuo te llamó por teléfono y estuvisteis hablando durante más de media hora. Y todavía no me has dicho ni una sola palabra de lo que tratasteis en⁶⁶ esa conversación.

CÁNDIDA.—¡Naturalmente!

RICARDO.—¿Por qué?

CÁNDIDA.—(*Sonríe. Despacito*) Por discreción. Agradécemelo...

RICARDO.—(*Furioso*) ¿Qué te dijo?

CÁNDIDA.—Por Dios, Ricardo.

66 1953, 1962, 1965b: *que contratasteis en*

RICARDO.—(*Tozudo*) ¿Qué te dijo?

CÁNDIDA.—Vamos. No seas niño. Me dijo las cosas naturales que dice un enamorado. Figúrate todo lo que quieras. (*Sonríe*) Lo gracioso es que por teléfono todo el mundo resulta más atrevido de lo que es en realidad. Y Marcelo...

RICARDO.—¿Qué?

CÁNDIDA.—Estuvo atrevidísimo... No quieras saber.

RICARDO.—¿Te... faltó al respeto?

CÁNDIDA.—(*Encantada*) Un poco... Lo correcto.

RICARDO.—¡Oh! ¡Lo mato!

CÁNDIDA.—No digas barbaridades. En los crímenes pasionales, el personaje más antipático es el asesino.

RICARDO.—(*Con cierta curiosidad*) Oye... ¿Te habló de mí?

CÁNDIDA.—No quería decírtelo. Pero como te empeñas... Me habló de ti.

RICARDO.—¿Y qué?

CÁNDIDA.—(*Con el natural sentimiento*) No le eres simpático... No le gustas.

RICARDO.—¿Nada?

CÁNDIDA.—¡Nada!

RICARDO.—No me lo explico.

CÁNDIDA.—Yo tampoco... (*Alentadora*) Pero, en fin, confío en que, con el tiempo, os acostumbraréis el⁶⁷ uno al otro.

RICARDO.—(*En un grito*) ¡Cándida!

CÁNDIDA.—¡Ay!

RICARDO.—¿Qué has querido insinuar?

CÁNDIDA.—Mi querido Ricardo... (*Dignamente*) Si estás decidido a interpretar con un doble sentido todo lo que yo diga, no seguiremos hablando.

RICARDO.—(*Volviéndose hacia ella con violencia*) Pero, ¿es que crees que no sé todo lo que ocurre dentro de ti en este momento? ¿Crees que no veo la enorme ilusión con que te has puesto ese estúpido vestido anticuado, y con qué coquetería te has pintado los labios, y te has peinado de otro modo, todo, todo para que cuando ese... caballero entre por esa puerta te encuentre más bonita y más agradable que nunca?

CÁNDIDA.—¡Ricardo! ¿De verdad se me nota mucho que me he arreglado un poco?

RICARDO.—¡Sí! Se nota una barbaridad... Es una vergüenza.

CÁNDIDA.—¡Ah! Pues tendré que disimular... No me gustaría que Marcelo me considerase demasiado fácil... Sería horrible...

67 1951, 1959, 1965a: os acostumbréis el

RICARDO.—(*Desesperado*) ¡Cándida! ¿Es que solo piensas en él?

(*Se deja caer, abrumadísimo, en un sillón. Cándida está lejos, al otro lado. Entra Maité corriendo, y con gran alborozo se dirige a su tía*)

MAITÉ.—¡Tía Cándida! (*Alegrísima*) ¡Ahí viene «monsieur» Duval!

CÁNDIDA.—(*Nerviosa*) ¡Ay! ¿Ya?

MAITÉ.—Le he visto cruzar la calle desde el balcón de mi cuarto... ¿Te has arreglado bien?

CÁNDIDA.—Yo creo que sí. ¿Qué te parece a ti?

MAITÉ.—A ver, a ver... (*Muy satisfecha del examen*) ¡Imponente! Estás guapísima. No me extraña que le tengas chiflado...

RICARDO.—¡Maité!

MAITÉ.—¡Ay! ¿Qué?

RICARDO.—¡Que estoy yo aquí!

MAITÉ.—(*Casi sin mirarle*) ¡Ah, bueno! Hola, tío. (*Transición, como antes*) Dime, tía Cándida. ¿Estás muy nerviosa?

CÁNDIDA.—Pues sí, hija. Como desde que me casé no me habían vuelto a pasar estas cosas...

(*Entra Tony*)

TONY.—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Que viene «monsieur» Duval! ¡Y cómo viene! ¡Con traje⁶⁸ nuevo, no te digo más!

(*Entra velozmente Manolín*)

MANOLÍN.—¡Mamá! ¡Ahí está «monsieur» Duval! Y no sabéis lo bueno...

TODOS.—¿Qué?

MANOLÍN.—¡Se ha puesto una flor en la solapa!

TODOS.—¡Oh!

MAITÉ.—(*Palmoreando*) ¡Es un sol! ¡Un sol!

RICARDO.—(*Horrorizado*) ¡Hay que ver! ¡Cómo se ha perdido la moral en esta casa!

68 1965a: *iCon un traje*

(Entra Rosita)

ROSITA.—¡Señora!

(Ricardo se yergue y casi pega un grito)

RICARDO.—¡Sí!

TODOS.—*(Con susto)* ¡Ay!

RICARDO.—*(Furiosísimo)* Dilo tú también. ¡Dilo! Ahí está «monsieur» Duval que quiere ver a la señora. ¿No es eso?

ROSITA.—*(Tranquilamente)* No, señor.

TODOS.—¿Eh?

ROSITA.—«Monsieur» Duval desea hablar a solas con el señor...

RICARDO.—¡Hola! *(Transición)* ¿Estás segura?

ROSITA.—Sí, señor. Eso ha dicho.

RICARDO.—¡Caramba, caramba! *(Encantado)* Resulta que a quien quiere ver «monsieur» Duval es a mí... Entonces, todo cambia. ¿Qué os parece a vosotros? ¿Eh?

MAITÉ.—*(Un mohín)* Bueno, tío. Pero no es para que te des tanta importancia...

RICARDO.—*(Transición)* ¡Silencio!

TODOS.—¡Ay!

RICARDO.—¡Y largo de aquí! ¡Fuera!

MAITÉ.—Sí, tío.

MANOLÍN.—*(Indignado)* Siempre le echan a uno cuando llega lo mejor. ¡Pues esta vez me voy a quedar escuchando, ea!

TONY.—Y que lo digas. ¡Yo también!

(Manolín y Tony salen juntos. Maité, por otra puerta. Rosita, por el fondo. Quedan solos Cándida y Ricardo)

CÁNDIDA.—¡Ricardo! En este momento me parece que vuelvo a tener otra vez veinte años...

RICARDO.—¿De verdad?

CÁNDIDA.—Sí. Tengo la sensación de que ese hombre viene a pedirte mi mano...

RICARDO.—¡Cándida!

(Aparece Marcelo en el fondo. Tímido y prudente, como siempre, inquiere)

MARCELO.—«Bon jour, madame...» ¿Se puede?

CÁNDIDA.—¡Marcelo!

(Marcelo, muy dichoso, va hacia Cándida y le besa las manos, que ella le ofrece)

MARCELO.—«Ma chérie!» ¡Su vestido azul! «Je vous vois encore avec cette robe bleue. J'ai l'impression que le temps s'est arrêté...»⁶⁹

RICARDO.—*(Desde el sofá. Muy rápido)* Eso es una tontería...

MARCELO.—*(Sorprendido)* ¿Cómo?

CÁNDIDA.—Pero, ¿no dices que no entiendes el francés?

RICARDO.—Es que desde anoche lo estoy recordando mucho...

MARCELO.—*(Con extrañeza)* ¡Oh! ¿Le sucede algo a su marido?

CÁNDIDA.—*(Un suspiro)* Por favor, le ruego que sea usted benévolo con él... Está muy excitado. *(Desde el fondo, mira piadosamente a su marido y suspira. Luego mira a Marcelo y sonrío. Sale).*

(Quedan solos Marcelo y Ricardo. Un silencio. Ricardo está inmóvil en el sofá. Marcelo, desde lejos, le contempla y mueve suavemente la cabeza. Después avanza sin ruido, despacito, y⁷⁰ se sienta a su lado en el sofá)

MARCELO.—«Monsieur...» Yo supongo que le extrañará a usted esta visita, pero era necesaria después de lo que anoche ocurrió entre nosotros tres. *(Muy cortés, pero muy firme)* Yo deseo legalizar esta situación...

RICARDO.—*(Boquiabierto)* Pero, ¿cree usted que nuestra situación se puede legalizar?

MARCELO.—*(Muy jovial)* ¡Naturalmente! Todo es cuestión de un poco de buena voluntad por su parte...

RICARDO.—¡Oiga! *(Estupefacto)* ¿Qué es lo que pretende usted de mí?

MARCELO.—No se exalte, se lo ruego. Quiero que entre nosotros no haya equívocos...

RICARDO.—*(Indignado)* ¡Pero si no hay ninguno! ¡Si lo sé todo!

MARCELO.—¡Oh, no! Todo no. *(Sensato)* El marido nunca lo sabe todo...

RICARDO.—*(Mirándole. Con un escalofrío)* ¿Qué quiere usted decir?

69 1951, 1953, 1959, 1962, 1965a: *Merci. Vous autre fois avec sa robe blue. Je crois qui n'a passé pas le temps...*

70 1965a: *ruido, despacio, y*

MARCELO.—Verá... Vengo decidido a hablar claro. Como dice el noble pueblo español: al pan, pan. Y al vino, pan.

RICARDO.—¡Ca! No es eso...

MARCELO.—¿No?

RICARDO.—No, señor. (*Con altivez*) ¡Francia no comprenderá jamás al noble pueblo español! (*Transición*) Pues bien: ya que usted lo quiere, hablemos. Pero antes voy a hacerle una pregunta sobre algo que me tiene muy preocupado...

MARCELO.—Diga, diga...

RICARDO.—¡«Monsieur» Duval! ¿De verdad, de verdad no le soy a usted simpático?

MARCELO.—¡Oh! Sí. De verdad... Lo siento. Lo que me impide sentir simpatía por usted es una cuestión de principios...

RICARDO.—(*Asombradísimo*) ¿De qué?

MARCELO.—De principios. (*Solemnemente*) ¡Señor mío! Yo soy muy moral...

RICARDO.—¡Ah!

MARCELO.—(*Con energía*) ¡Sí! Yo soy muy moral. Y usted, en cambio, carece de todo sentido moral. (*Muy enfadado*) ¡Caballero! ¿Qué puedo pensar yo de un hombre que se pasa la vida haciendo el amor a las mujeres casadas?

RICARDO.—(*Atónito*) ¡Oiga!

MARCELO.—¡Silencio! ¿O piensa usted que no conozco toda su vida, paso a paso? Es horrible. Es espantoso. Usted es capaz de todo. Usted no tiene principios, no tiene miramientos, no tiene decoro. Para usted no hay una sola mujer respetable. (*Más indignado todavía*) Cuando usted se ha enamorado de una mujer casada le ha dicho tranquilamente: ¡Te quiero! Y en paz...

RICARDO.—(*Mohíno*) Hombre, hombre...

MARCELO.—¡Sí! Se lo ha dicho usted. Y a lo mejor en presencia del pobre marido, porque usted no tiene escrúpulos...

RICARDO.—Hombre, yo...

MARCELO.—¡No me interrumpa! (*Con santa razón*) ¿No ha pensado usted nunca que una mujer casada es algo sagrado? ¿No se da usted cuenta de todo lo que hay detrás de ella? Otro hombre. Unos hijos... ¡Un hogar! ¡Sobre todo, un hogar! ¡Qué escándalo! Pero, señor mío, ¿no le da a usted vergüenza?

RICARDO.—Hombre... Le diré.

MARCELO.—¡Es usted un monstruo! ¡Un monstruo!

RICARDO.—(*Con dolorosa decepción*) ¡Vaya un francés! ¡Si parece de los Padres de Familia!⁷¹...

71 *Padres de Familia*: organización, más o menos imaginaria, cuyo fin sería velar por las buenas costumbres en varios sentidos, incluyendo la calificación moral de los espectáculos.

MARCELO.—¡Y aún quiere usted que a mí me resulte simpático!⁷² Vamos, hombre, vamos...

(Muy disgustado, se sienta en el sofá en la actitud de un hombre muy cargado de razón. Ricardo está ya francamente avergonzado y se acerca a él con mucha humildad)

RICARDO.—Bueno... ¿No me juzga usted con demasiada severidad? Usted recurre a todas las leyes establecidas por la moral y por la sociedad. Sí, eso es muy cómodo. Pero, ¿no hay otras leyes? ¿Y las leyes del corazón? Cuando un hombre se enamora, ¿debe detenerse a pensar en todo lo que destroza? ¡No! Sería un cobarde. Todo eso, lo que se hunde, ese hogar, esos hijos, ese marido, no importan nada. ¡Nada! Solo importa el triunfo del amor. La verdad del corazón. La única verdad por la que merece la pena vivir... *(De pronto, se calla en seco. Tiene una brusca transición. Parece que vuelve a escuchar aterrado sus propias palabras. Se vuelve hacia Marcelo, y como este le está⁷³ mirando, hace ya rato, sus miradas se cruzan. Un segundo de silencio)* ¡No! ¡No, no! No es verdad. Todo eso es falso. La única verdad es que la quiero y es mía, ¡solo mía!, porque es mi mujer... ¡Yo solo tengo derecho a ella! ¿Me oye usted?

MARCELO.—*(Un silencio. Tímidamente)* ¿La quiere usted?

RICARDO.—Sí. La quiero con toda mi alma. Creo que nunca la he querido como ahora...

(Hunde la cabeza entre las manos. Una pausa. Impetuosamente, surgen Manolín y Tony. Por su actitud y su ímpetu se adivina que han estado escuchando)

TONY.—¡Profesor! ¡Dígaselo!

MANOLÍN.—¡Dígaselo ya!

TONY.—¡Dígaselo, profesor! ¿No ve usted cómo sufre? ¡Papá! ¡Papá!

MANOLÍN.—¡Papá! Escucha...

(Los dos chicos, corriendo, emocionadísimos, se han sentado uno a cada lado de Ricardo)

72 1965a: ¿Y aún quiere usted que a mí me resulte simpático?

73 1959, 1965a: éste lo está

RICARDO.—(*Confundido*) ¡Hijos! ¿Qué es esto?

MANOLÍN.—¡Que todo es mentira, papá!

RICARDO.—¿Qué?... ¿Qué dices?

TONY.—¿No comprendes? Todo ha sido una comedia preparada para que tú tengas celos de mamá. Para que vuelvas a quererla...

MANOLÍN.—¡Claro, papá! Como eres tan golfo...

TONY.—Todo empezó el último día que no viniste a dormir a casa... ¿Te acuerdas?

MANOLÍN.—¡Hombre! Cómo no se va a acordar, si se fue con Manolita, la mecanógrafa, que estaba imponente...

RICARDO.—(*Gozosamente confundido*) Entonces, lo que aquí ha sucedido anoche, ¿no es verdad?

TONY.—¡No!

RICARDO.—¿Y ese hombre?

TONY.—Estaba de acuerdo con mamá.

MANOLÍN.—Es que el profesor es muy amable.

RICARDO.—¿Eso ha hecho vuestra madre? ¿Ha sido capaz?

TONY.—Sí, papá. Era su último recurso. Tenías a la pobre mamá tan abandonada... Te quiere tanto...

RICARDO.—¡Es increíble, fabuloso, fantástico! Y yo he llegado a creer... He sufrido como si fuera verdad. (*A Marcelo*) De modo que usted y mi mujer han jugado conmigo.

MARCELO.—Sí, «monsieur».

RICARDO.—(*Resplandeciente*) ¡Todo es mentira!

MARCELO.—Todo.

RICARDO.—¿No está usted enamorado de mi mujer?

MARCELO.—(*Suavemente*) ¿Quiere usted no hacer más preguntas y correr al lado de su mujer?

RICARDO.—Sí, tiene usted razón. No sé en qué estoy pensando. Vamos, hijos, ¡Cándida! ¡Cándida!

TONY.—¡Mamá!

MANOLÍN.—¡Mamá! ¡Mamá!

*(Jubilosamente, salen, por el fondo, Ricardo, Tony y Manolín.
Marcelo queda solo en escena. Se sienta lentamente en el sofá.
Entra Cándida)*

CÁNDIDA.—¿Me llaman?

MARCELO.—Sí, «madame». Es él. La busca, la necesita.

CÁNDIDA.—¿Lo sabe?

MARCELO.—Sí. Se lo han descubierto los muchachos...

CÁNDIDA.—¡Oh! Entonces, ha terminado el juego...

MARCELO.—Pero usted ha ganado. Ante la idea de perderla, su marido la quiere como nunca la ha querido. (*Sonríe*) Ya no iremos a Toledo...

CÁNDIDA.—No, claro... Ya no es necesario.

MARCELO.—Tampoco⁷⁴ volveremos al Museo del Prado. Ni volveremos a recorrer juntos las callecitas del Madrid antiguo... Ni volveré a explicarle a usted mi concepto de la socialdemocracia entre los árboles del Retiro.

CÁNDIDA.—¡Marcelo! ¿Está usted triste?

MARCELO.—Un poco... (*Sonríe*) Éramos como tres niños jugando. Y, de pronto, yo soy como el niño que ha perdido su juguete. Su querido juguete.

(*Un silencio*)

CÁNDIDA.—Anoche estuvo usted magnífico.

MARCELO.—¿Cree usted?

CÁNDIDA.—Sí. Cuando dijo usted «Te quiero» había tal acento de verdad en sus palabras... Casi, casi parecía verdad. Realmente, le hubiera parecido verdad a cualquiera que no hubiera estado en el juego.

MARCELO.—(*Sonríe*) ¡Oh! Usted... Usted también se portó maravillosamente.

CÁNDIDA.—¿No lo hice mal?

MARCELO.—No, no. Cuando su marido le dijo: «¿Quién tiene la razón? ¿Él o yo?», usted dijo⁷⁵: «Él, él tiene la razón. Porque dice la verdad. Porque habla con el corazón...».

CÁNDIDA.—¿Eso dije? Ya no lo recordaba...

MARCELO.—Es natural. (*Ungransilencio. Avanza unos pasos hacia ella*) «Madame...» Me despido.

CÁNDIDA.—(*Con sobresalto*) ¿Qué dice usted?

MARCELO.—Sí. Mis servicios ya no son necesarios en esta casa. Maité sabe el suficiente francés como para asistir a un teatro de París y comprender la comedia. En cambio, sabe lo suficientemente poco como para no entender las frases de doble sentido... Me parece que sabe todo el francés que debe saber una señorita española.

CÁNDIDA.—¿No le volveremos a ver?

74 1965a: *Ni tampoco*

75 1965a: *usted le dijo*

MARCELO.—No es probable...

CÁNDIDA.—Entonces, adiós, Marcelo...

MARCELO.—Adiós, «madame»... (*Le besa la mano que ella le tiende y marcha hacia el fondo. En la puerta, se detiene*) ¡Ah! Muchas gracias por su vestido azul...

CÁNDIDA.—No me lo volveré a poner más.

MARCELO.—Gracias.

(Sale Marcelo. Queda Cándida sola en su sillón y llora suavemente. Entra corriendo Maité)

MAITÉ.—¡Tía Cándida! ¿Se marcha «monsieur» Duval? Pero, ¿qué es eso, tía? (*Corre hasta ella, se arrodilla a sus pies y le coge las manos*) ¿Estás llorando?

CÁNDIDA.—(*Recogiendo presurosa sus lágrimas*) Sí... No. No sé. No sé lo que me ocurre.

MAITÉ.—(*Asustada*) ¡Tía Cándida! ¿No te habrás enamorado de verdad del profesor?

CÁNDIDA.—No, no. Claro que no... Es otra cosa que no podría explicarte. Desde anoche hasta ahora me parece que he sido otra mujer. También era yo la de siempre, ¿sabes? Yo estaba en la broma y sabía que todo era un juego. Pero, al mismo tiempo, era una pobre mujer que vivía por primera vez una gran aventura... Óyeme, pequeña. Cuando seas mayor, cuando seas de verdad una mujer, no juegues... No se puede jugar. No se sabe quién juega con quién. Es tan peligroso poner como prenda el corazón... Lo mejor es vivir tomando lo que nos dé la vida. Risas o lágrimas. Pero sin jugar. ¿Comprendes, Maité, comprendes?

MAITÉ.—¡Tía Cándida!

(Entra Ricardo, seguido de Tony. Va hacia Cándida. Maité y Tony, juntos, se retiran a un lado)

RICARDO.—¡Cándida!

CÁNDIDA.—¡Ricardo!

RICARDO.—Calla, calla. Ni una palabra. No digas nada. Todo me lo merezco. Pero, desde hoy, te aseguro que todo cambiará. Ahora sí que soy otro. Buen juego te has traído. Buena lección. Oye... Me gustaría que me contaras. ¿Cómo empezó esto?⁷⁶ ¿Cómo se te ocurrió esta idea?

76 1959, 1965a: *empezó eso?*; 1962: *empezó todo?*

CÁNDIDA.—Pero si no se me ocurrió a mí...

RICARDO.—¿No?

MAITÉ.—No, no, tío Ricardo. Se me ocurrió a mí.

RICARDO.—(*Atónito*) ¿A ti?

TONY.—(*Muy contento*) Sí, papá. Todo es cosa de Maité, que sabe mucho...

RICARDO.—¡Ah! ¿Sí?

MAITÉ.—(*Orgullosísima. Se ríe muy divertida*) Pero todavía no sabe lo⁷⁷ mejor. La que llamó anoche al Círculo era yo...

RICARDO.—(*Mirándola fijamente*) ¿Tú...?

CÁNDIDA.—Sí, sí. ¡Ella!

TONY.—¡Ella! ¡Ella!

MAITÉ.—¡Yo! ¿Qué te parece?

(Ricardo se queda mirando fijamente a su sobrina durante un segundo y casi pega un grito)

RICARDO.—¡Maité!

TODOS.—(*Asustados*) ¡Ay!

RICARDO.—De manera que este infierno en el que he vivido desde anoche, te lo debo a ti...⁷⁸

MAITÉ.—(*Muy asustada*) ¡Ay, tío Ricardo! No me mires así...

RICARDO.—¡Maité! Prepara tus maletas. Se acabaron los estudios en Madrid. Esta noche coges el tren, y mañana vas a hacer de las tuyas en provincias, con tu madre⁷⁹... ¡Vivo!

MAITÉ.—Pero tío Ricardo... (*Llorando*) ¿Es que me echas?

RICARDO.—(*Furioso*) ¡Sí!

CÁNDIDA.—¡Ricardo!

TONY.—¡Papá!

MAITÉ.—Tío, por Dios. Yo no quiero irme de esta casa. No me eches. No me eches. Yo no puedo vivir sin vosotros. Yo no quiero, no quiero...

(Y, desconsolada, ahoga sus sollozos abrazándose con verdadero ímpetu a Tony)

77 1965a: no sabes lo

78 1965a: ¿De manera que este infierno en el que he vivido desde anoche, te lo debo a ti...?

79 1959, 1965a: mañana, con tu madre

TONY.—¡Maité!

MAITÉ.—Yo te quiero muchísimo, tío Ricardo. Yo quiero mucha a tía Cándida...

(Se abraza otra vez al muchacho)

TONY.—*(Muy apurado)* Pero, chica... ¡Que me ahogas!

RICARDO.—*(Asombradísimo)* Oye. ¿Qué te parece? Dice que no puede vivir sin ti y sin mí y mira...

CÁNDIDA.—Ya, ya... Es curioso. *(Contempla a los muchachos y sonrío. En voz baja)* ¡Ricardo! Creo que cuando son primos hermanos hay que pedir permiso al Papa...

RICARDO.—¿Tú crees? Pero, ¿será posible?

CÁNDIDA.—Ya ves...

(Ricardo avanza hacia los chicos y separa, cariñosamente, a⁸⁰ Maité y a Tony)

RICARDO.—¡Oh! Está bien, mujer, está bien. No te irás. Pero suéltalo...

MAITÉ.—¡Tío de mi alma! *(Maité abraza y besa a Ricardo. Luego corre hacia Cándida y se refugia en sus brazos)* ¡Tía Cándida!

CÁNDIDA.—¡Chiquilla!

RICARDO.—Oye, hijo... ¿Qué las das?

TONY.—¿Yo? Pero si no hago nada, papá. ¡Si es que se declaran ellas!

RICARDO.—¡Caray! ¿Eso es verdad? *(Muy interesado)* Cuéntame, hombre, cuéntame...

(En ese momento entra Rosita, cruza la escena muy indignada, de izquierda a derecha. Casi va llorando de coraje)

ROSITA.—¡Señora! Tengo que advertir a la señora que si la señora no riñe al señorito Manolín, yo no puedo continuar en la casa. Porque, para que usted lo sepa... *(Indignadísima)* ¡El señorito Manolín es un granuja!

(Sale. Todos se miran asombrados. En la puerta aparece Manolín, tan tranquilo, que atraviesa la escena con las manos en los bolsillos del pantalón. Porque ya es un hombre)

80 1959, 1965a: separa, cuidadosamente, a

TODOS.—(*Mirándole*) ¡Manolín!

MANOLÍN.—¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis así? ¡Ah, vamos! Eso es que Rosita os ha venido con el cuento...

RICARDO.—¡Niño!

MANOLÍN.—Pero si no ha sido nada... Total, que hemos tropezado en el pasillo y dice que yo la he⁸¹ dado un beso. Pero yo no me he dado cuenta... Palabra. Habrá sido sin querer. ¡Hay que ver! Cómo se pone esta chica por nada...

(Y sale silbando con todo desparpajo. Todos le siguen con la mirada, verdaderamente atónitos)

RICARDO.—Oye, Cándida. ¡Este chico es un fresco!

CÁNDIDA.—Sí, Ricardo. Este... ¡Este es igual que tú!

TELÓN

81 1959, 1965a: yo le he



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE